HERALDOS DEL EVANGELIO

N.º 279 - Octubre 2026

Id al mundo entero...

Evangelizador y proveedor

Anchieta parecía poseer el don divino de dominar los elementos. […]

En Bahía, en cierta ocasión, cuando le informaron de que en el colegio no tenían qué comer, pues el tiempo se había vuelto desfavorable para la pesca, Anchieta mandó que se presentara ante él el encargado de lanzar las redes y, desde una ventana, le señaló cierto punto de la bahía donde debía echar las atarrayas. El pescador obedeció y tuvo éxito. En un único lance capturó tantos y tan apreciados peces que no sólo bastaron para atender las necesidades del colegio, sino que además pudieron repartirse entre personas muy necesitadas.

San José de Anchieta, de Benedito Calixto - Museo de Ipiranga, São Paulo; abajo, playa Barra do Gil - Itaparica (Brasil)

En otra ocasión, mientras visitaba una aldea de indígenas en Espírito Santo, supo por ellos que pasaban hambre, ya que el tiempo no era propicio para la pesca. Anchieta los animó y los condujo a una playa donde el mar bramaba, sin que nada indicara que pudiera obtenerse pesca alguna.

—¿Qué peces deseáis? —les preguntó Anchieta.

Y ellos, en tono burlón, sabiendo por experiencia que no pescarían nada para comer, respondieron:

—¡Jureles!

Los jureles eran los peces más raros y apetecidos por los indios, pero era imposible encontrarlos en aquella época del año.

—¡Echad vuestras redes! —les intimó Anchieta.

Las echaron. Y capturaron tantos peces, especialmente jureles, que creyeron hallarse ante un hecho sobrenatural. Veneraron aún más al sacerdote, que ya les inspiraba el respeto debido a un chamán. Empezaron a llamarlo *Señor de la pesca*. Y le llevaban sus redes para que las bendijera cuando emprendían lejanas expediciones.

TOMÁS, Joaquim. *Anchieta, o apóstolo do Brasil*. Dois Irmãos: Minha Biblioteca Católica, 2020, pp. 173-174.

Cleidelsabel2 (CC by-sa 3.0)

Sumario

Revista

HERALDOS DEL EVANGELIO

Año XII - número 135 - Octubre 2026 - 1ª Edición
(Corresponde al número 279 de la edición española)
Impresión de la edición Nº 1 - Agosto 2015

ISSN 2412-2750

Publicada por:
© Asociación Caridad y Verdad
Av. Caminos del Inca 1466 Dpto. 202
Las Gardenias Surco - Lima 33
Tel: 51 - 1 - 997570115
E-mail: revista.heraldos@heraldos.pe
Octubre 2026

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción y diagramación:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:
Av. Caminos del Inca 1466 Dpto. 202
Las Gardenias Surco - Lima 33
Central Telefónica: 01-208-6930
Whatsapp 958795977
E-mail: revista.heraldos@heraldos.pe
Facebook: Heraldos del Evangelio (Perú)

Impreso en:
Afabel Impresiones Gráficas EIRL
Calle José Salas 221 Dpto. 301 3er Piso -
San Miguel - Lima 32
Lima (Perú)
Tel: (51-1) 997509927
clauespemeri@gmail.com
Lima - Perú - Septiembre 2026

Tiraje: 4000 ejemplares
Hecho el Depósito Legal en la
Biblioteca Nacional del Perú: N° 2015-09851

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción.
El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

→ PREGUNTAN LOS LECTORES 4

→ EDITORIAL
«Para Él existe todo» 5

→ LA VOZ DE LOS PAPAS
Madre de todos los pueblos 6

→ LA LITURGIA DOMINICAL
El peligro viene de dentro, y la solución, también 8
Volvamos al verdadero centro 9
¡Más importante que la moneda es la imagen! 10
El mandamiento principal 11

→ TESOROS DE MONS. JOÃO
Evangelizar a toda criatura 12

→ TEMA DEL MES – EVANGELIZACIÓN
Una sola Iglesia, una sola misión 16
Las reducciones jesuíticas – La «tierra sin mal» 20

→ SANTO TOMÁS ENSEÑA
De pecadora a evangelizadora 23

→ ESPIRITUALIDAD CATÓLICA
Gabrielle Bossis – «Habla conmigo, pequeña alma mía» 24

→ ¿QUÉ DICE EL CATECISMO?
Testimonio auténtico y fiel 27

→ HISTORIA, MAESTRA DE LA VIDA
P. Matteo Ricci – El apóstol de China 28
El descubrimiento de América – La esperanza y el desaliento se baten en el Atlántico 32

→ ¿SABÍAS... 35

→ VIDAS DE SANTOS
San Pedro de Alcántara – Santidad heroica o heroísmo en la santidad... 36

→ DOÑA LUCILIA
«Vivir es estar juntos, mirarse y quererse bien» 40

→ HERALDOS EN EL MUNDO 42

→ ESPLENDORES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA
Castillo de Chambord – Magnífico crepúsculo de la Edad Media 46

→ TENDENCIAS Y MENTALIDADES
Cartas que revelan un alma católica 50

GFreihalter (CC by-sa 3.0)

12 Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos

Reproducción

20 ¿Cuál es el secreto de las reducciones jesuíticas?

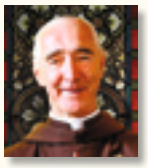
Reproducción

24 Actriz, dramaturga y... imística!

Francisco Lecaros

46 Un castillo de ensueño, envuelto en misterio

Envíe las preguntas para el P. Ricardo al correo
preguntanloslectores@heraldos.org



P. Ricardo José Basso, EP

He notado que algunas personas usan palabras malsonantes y se justifican diciendo que pueden emplearse en caso de necesidad, por ejemplo, para dar más énfasis a un argumento. Algunos incluso dicen que en la Biblia no hay nada al respecto. Confieso que estoy un poco confundido, pues mis padres siempre me prohibían utilizar tales palabras. ¿Podría ayudarme a entenderlo?

José C. Fernandes – Ouro Preto (Brasil)

La Sagrada Escritura reprueba las palabras malsonantes, como enseña San Pablo en la Epístola a los Efesios: «*Malas palabras* no salgan de vuestra boca; lo que digáis sea bueno, constructivo y oportuno, así hará bien a los que lo oyen. No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios con que él os ha sellado para el día de la liberación final. Desterrad de vosotros la amargura, la ira, los enfados e insultos y toda maldad» (4, 29-31).

Antes de este pasaje, el Apóstol ya había exhortado a los cristianos a despojarse del hombre viejo, a renunciar a su vida pasada y a renovarse interiormente, revistiéndose del hombre nuevo, creado a imagen de Dios (cf. Ef 4, 22-24). Por eso, abandonar el lenguaje soez, grosero e indecente forma parte del proceso de conversión del cristiano, so pena de contristar al Paráclito.

De hecho, las palabras indecorosas suelen expresar pensamientos airados, lujuriosos o vulgares, indignos de un verdadero discípulo de Nuestro Señor Jesucristo, quien debe distinguirse por un vocabulario límpido y elevado, dando así testimonio de su caridad y su pureza, pues «de lo que rebosa el corazón habla la boca» (Lc 6, 45). La terrible propagación de este tipo de lenguaje es un síntoma muy significativo de la crisis moral que asola el mundo. Cada vez es más frecuente, tanto en ámbitos públicos como privados, el empleo de expresiones impúdicas y carentes de recato, que muchos incluso se jactan de utilizar.

En Dios, ser y palabra son una misma realidad. El Verbo —afirma San Juan— estaba junto a Dios y era Dios (cf. Jn 1, 1). Para los hombres, sin embargo, parece no ser así; la palabra a veces se diferencia del ser en virtud de diversas circunstancias, aunque no sea ésa la situación ideal. Creados a imagen y semejanza de Dios (cf. Gén 1, 26-27), debemos buscar la armonía entre lo que somos y lo que expresamos, de modo que en nosotros resplandezca algo de nuestro Artífice. La integridad, señala el *Catecismo de la Iglesia Católica*, «no tolera ni la doble vida ni el doble lenguaje» (CCE 2338).

Hay además otro motivo para considerar la gravedad de recurrir a groserías al expresarse, ya sea habitualmente o en momentos de ira o de agitación. Las llamadas «palabrotas» suelen ser impúdicas, por referirse a realidades propias del ámbito del sexto mandamiento de la ley de Dios.

San Pablo, en su carta a los efesios, enseña además: «Tampoco vulgaridades, estupideces o frases de doble sentido; todo eso está fuera de lugar» (Ef 5, 4). La vulgaridad y la lujuria presentes en las palabras impuras manchan y desfiguran el alma de quien las pronuncia y, en cierto modo, también hieren la dignidad de quien las escucha. La expresión oral refleja el interior del corazón y, al mismo tiempo, influye en él y lo moldea. Por eso, el lenguaje indecoroso representa un atentado contra el «templo de Dios» (1 Cor 3, 16), que es el hombre. De ahí que San Pablo lo censure con tanta severidad.

Por último, conviene destacar que emplear un lenguaje respetuoso, digno y elevado forma parte indispensable de la buena educación cristiana, de la cortesía y del apostolado.

«Para Él existe todo»

El divino Artífice creó el cielo y la tierra como expresión de su infinita bondad. De sus manos, las criaturas procedieron ordenadamente, con «peso, número y medida» (Sab 11, 20). En la cúspide del universo, hizo al hombre a su imagen y semejanza, cuyo espejo perfectísimo es el Verbo encarnado, enviado al mundo por puro amor (cf. Jn 3, 16).

El envío del Hijo tiene un propósito manifiesto, según sus propias palabras: «Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad» (Jn 18, 37). En efecto, Dios «quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1 Tim 2, 4). En este mismo sentido, enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica*: «Dios quiere la salvación de todos por el conocimiento de la verdad. La salvación se encuentra en la verdad. Los que obedecen a la moción del Espíritu de verdad están ya en el camino de la salvación» (CCE 851). Fuera de la verdad, no hay salvación.

Al elevarse a los Cielos, el Redentor confió a los Apóstoles la misión de participar en esa irradiación de la verdad: «Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28, 19). Por eso, la Iglesia se extiende por todos los rincones del orbe en virtud de su propia catolicidad; católico significa *universal*.

De este modo, la Iglesia es también intrínsecamente *misionera*, en el sentido más radical del término: *missio* significa *envío*. ¿Y para qué es enviada? Responde asimismo el *Catecismo*: «El fin último de la misión no es otro que hacer participar a los hombres en la comunión que existe entre el Padre y el Hijo en su Espíritu de amor» (CCE 850). La misión participa, por tanto, de las propias relaciones trinitarias: «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo» (Jn 20, 21).

En la Ascensión, Jesús prometió, además, estar con nosotros hasta el final de los tiempos (cf. Mt 28, 20). El Espíritu Santo continúa siendo enviado a toda la tierra y el Evangelio sigue proclamándose «a toda criatura» (Mc 16, 15), para que todas las cosas sean recapituladas en Cristo (cf. Ef 1, 10).

Esto significa que la evangelización, cuyo objetivo último consiste en reconducir a la humanidad al Padre, se orienta hacia todas las realidades. Todo procede del amor mutuo de las personas de la Trinidad —*exitus*— y a ese origen debe regresar —*reditus*—. Por ello, el apostolado ha de salir efectivamente al encuentro de los pueblos no sólo mediante la predicación —esencial, sin duda, pues «la fe nace del mensaje que se escucha» (Rom 10, 17)—, sino también con la constitución de una auténtica civilización católica, con el fin de impregnar *a toda criatura* con la preciosísima sangre de Cristo.

Mientras las ciudades terrenales no codician más que el dominio —«*dominandi libido*» (San Agustín, *La ciudad de Dios*, prefacio)—, la Iglesia, en camino hacia la Patria, aspira a reflejar cada vez más a la Iglesia triunfante. Es inmaculada y purísima (cf. Ef 5, 27), como la Virgen María, pero aún debe combatir aquí —es militante por naturaleza—, y su victoria plena no se consumará hasta el Juicio final.

Por el momento, la Iglesia no escatima esfuerzos en surcar los mares, adentrarse en los bosques y cruzar los cielos para reconducir a Cristo absolutamente todo: no sólo las personas, sino también la vida social, las artes, los ambientes, las costumbres… todo. Nada queda al margen, pues «de Él, por Él y para Él existe todo» (Rom 11, 36).

«Primera misa en Brasil», de Víctor Meirelles - Museo Nacional de Bellas Artes, Río de Janeiro

Foto: Reproducción

Madre de todos los pueblos

Desde los albores de la Redención, la Iglesia se ha dedicado a escribir, con las letras del Evangelio, la historia de todos los pueblos que bajo su manto se han congregado.

Misión perpetuada a lo largo de los siglos

La grande y santísima misión confiada a sus discípulos por Nuestro Señor Jesucristo, al tiempo de su partida hacia el Padre, por aquellas palabras: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a todas las naciones», no había de limitarse ciertamente a la vida de los apóstoles, sino que se debía perpetuar en sus sucesores hasta el fin de los tiempos, mientras hubiera en la tierra hombres a quienes liberar por medio de la verdad. […]

Jamás la Iglesia, fiel al mandato divino, ha dejado de enviar a todas partes mensajeros de la doctrina revelada por Dios y dispensadores de la salvación eterna, alcanzada por Cristo para el género humano.

Benedicto XV.
Maximum illud, 30/11/1919.

Frutos que perduran

La primera evangelización se ocupó especialmente de la región del mar Mediterráneo. A lo largo del primer milenio los misioneros, partiendo de Roma y Constantinopla, llevaron el cristianismo al interior del continente europeo. Al mismo tiempo se dirigieron hacia el corazón de Asia, hasta la India y China.

El final del siglo xv, junto con el descubrimiento de América, marcó el comienzo de la evangelización en este gran continente, en el sur y en el norte. Contemporáneamente, mientras las costas subsaharianas de África acogían la luz de Cristo, San Francisco Javier, patrón de las misiones, llegó hasta el Japón.

A caballo de los siglos xviii y xix, un laico, Andrés Kim, llevó el cristianismo a Corea; en aquella época el anuncio evangélico alcanzó la península de Indochina, como también Australia y las islas del Pacífico. El siglo xix registró una gran actividad misionera entre los pueblos de África. Todas estas obras han dado frutos que perduran hasta hoy.

San Juan Pablo II.
Tertio millennio adveniente, 10/11/1994.

Verdadera madre de todos los pueblos y naciones

La Iglesia es madre, *Sancta Mater Ecclesia*, una verdadera madre, madre de todas las naciones y de todos los pueblos, no menos que de todos y cada uno de los hombres; y precisamente porque es madre, no pertenece ni puede pertenecer exclusivamente a éste o a aquel pueblo, ni tampoco más a un pueblo y menos a otro, sino a todos por igual.

Es madre y, por tanto, no es ni puede ser extranjera en ningún lugar; vive, o al menos por su propia naturaleza debe vivir, en todos los pueblos. Además, mientras la madre forma con su esposo y sus hijos una familia, la Iglesia, en virtud de una unión incomparablemente más estrecha, constituye, más y mejor que una familia, el Cuerpo Místico de Cristo.

Pío XII.
Discurso, 24/12/1945.

La Iglesia es verdaderamente católica

Nadie es extraño a su corazón. Nadie es indiferente a su ministerio. Nadie es enemigo, a no ser que él mismo quiera serlo. No sin razón se llama católica, no sin razón tiene el encargo de promover en el mundo la unidad, el amor y la paz.

La Iglesia no ignora las formidables dimensiones de tal misión; conoce la desproporción que señalan las estadísticas entre lo que ella es y la población de la tierra; conoce los límites de sus fuerzas, conoce hasta sus propias humanas debilidades, sus propios fallos; sabe también que la buena acogida del Evangelio no depende, en fin de cuentas, de algún esfuerzo apostólico suyo o de alguna favorable circunstancia de orden temporal: la fe es un don de Dios y Dios señala en el mundo las líneas y las horas de su salvación.

Pero la Iglesia sabe que es semilla, que es fermento, que es sal y luz del mundo. La Iglesia se da cuenta de la asombrosa novedad del tiempo moderno, pero con cándida confianza se asoma a los caminos de la historia y dice a los hombres: «Yo tengo lo que vosotros buscáis, lo que os falta». Con esto no promete la felicidad terrena, sino que ofrece algo —su luz y su gracia— para conseguirla del mejor modo posible y habla a

Reproducción

La Iglesia, fiel al mandato divino, nunca ha dejado de enviar a todas partes mensajeros de la doctrina revelada por Dios y dispensadores de la salvación eterna, alcanzada por Cristo para el género humano

«San Junípero Serra celebra misa en Monterrey», de Léon Trousset - Museo de la Misión San Carlos Borromeo de Río Carmelo, Carmel-by-the-Sea (Estados Unidos)

los hombres de su destino trascendente. Y mientras tanto les habla de verdad, de justicia, de libertad, de progreso, de concordia, de paz, de civilización. Estas son palabras de las que la Iglesia conoce el secreto; Cristo se lo ha confiado.

San Pablo VI.
Ecclesiam suam, 6/8/1964.

La Iglesia no reprime, sino que santifica las costumbres particulares

La Iglesia, desde sus orígenes hasta nuestros días, ha seguido siempre la prudentísima norma de que, al abrazar los pueblos el Evangelio, no se destruya ni extinga nada de lo bueno, honesto y hermoso que, según su propia índole y genio, cada uno de ellos posee. Pues cuando la Iglesia llama a los pueblos a una condición humana más elevada y a una vida más culta, bajo los auspicios de la religión cristiana, no sigue el ejemplo de los que sin norma ni método cortan la selva frondosa, abaten y destruyen, sino más bien imita a los que injertan en los árboles silvestres la buena rama, a fin de que algún día broten y maduren en ellos frutos más dulces y exquisitos. […]

Por lo cual, la Iglesia católica ni despreció las doctrinas de los paganos ni las rechazó, sino que más bien las libró de todo error e impureza, y las consumó y perfeccionó con la sabiduría cristiana. De la misma manera acogió benignamente sus artes y disciplinas liberales, que habían alcanzado en algunas partes tan alto grado de perfección; las cultivó con diligencia y las elevó a una extrema belleza a la que antes tal vez nunca habían llegado. Tampoco suprimió completamente las costumbres típicas de los pueblos y sus instituciones tradicionales, sino que en cierto sentido las santificó; y los mismos días de fiesta, cambiando el modo y la forma, hizo que sirviesen para celebrar los aniversarios de los mártires y los misterios sagrados.

Pío XII.
Evangelii præcones, 2/6/1951.

¿Cómo favorecer el progreso de un pueblo?

El desarrollo de un pueblo no deriva primariamente ni del dinero, ni de las ayudas materiales, ni de las estructuras técnicas, sino más bien de la formación de las conciencias, de la madurez de la mentalidad y de las costumbres. […] La Iglesia educa las conciencias revelando a los pueblos al Dios que buscan, pero que no conocen; la grandeza del hombre creado a imagen de Dios y amado por Él; la igualdad de todos los hombres como hijos de Dios; el dominio sobre la naturaleza creada y puesta al servicio del hombre; el deber de trabajar para el desarrollo del hombre entero y de todos los hombres.

Con el mensaje evangélico la Iglesia ofrece una fuerza liberadora y promotora de desarrollo, precisamente porque lleva a la conversión del corazón y de la mentalidad.

San Juan Pablo II.
Redemptoris missio, 7/12/1990.

Que el mundo reconozca en Cristo la luz que salva

Padre santo, concédenos ser uno en Cristo, arraigados en su amor que une y renueva. Haz que todos los miembros de la Iglesia estén unidos en la misión, dóciles al Espíritu Santo, valientes en dar testimonio del Evangelio, anunciando y encarnando cada día tu amor fiel por cada criatura. Bendice a los misioneros y misioneras, apóyalos en su esfuerzo, presérvalos en la esperanza. María, Reina de las misiones, acompaña nuestra labor evangelizadora en todos los rincones de la tierra; haznos instrumentos de paz y haz que el mundo entero reconozca en Cristo la luz que salva. Amén.

León XIV. *Mensaje*, 25/1/2026.

4 de octubre – XXVII Domingo del Tiempo Ordinario

(Is 5, 1-7; Sal 79; Flp 4, 6-9; Mt 21, 33-43)

El peligro viene de dentro, y la solución, también

P. Felipe de Azevedo Ramos, EP

Martes, Semana Santa. El Redentor dirige una incisiva parábola a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo, en un intento de apartarlos de sus iniquidades. Cuenta la historia de una viña —figura de la «casa de Israel» (Is 5, 7) y anuncio de la Iglesia— arrendada a unos labradores.

Las mayores amenazas para la viña de Dios no son externas, sino que brotan del corazón de los propios labradores

A primera vista, la alegoría parece sugerir que el mayor peligro para la viña es la intrusión de ladrones. Para repelerlos, la plantación está resguardada por cercas, alusión al poderoso amparo del ejército angélico. Aun así, tales defensas resultan insuficientes: los salteadores son astutos y no escatiman esfuerzos para infiltrarse a escondidas en el campo. Es necesario construir también una torre de vigía. He aquí la eterna advertencia: «Velad y orad para no caer en la tentación» (Mt 26, 41), pues Eva, Sansón, David y muchos otros sucumbieron por falta de vigilancia.

En este escenario, todo augura prosperidad: las «buenas cepas» (Is 5, 2) están protegidas por cercas, atalayas y centinelas; el terreno está desbrozado y el lagar produce los mejores vinos. Ahora el dueño ya puede viajar al extranjero: los labradores se encargarán de la vendimia y todo irá bien…

Pero no. El propietario —Dios— delega la responsabilidad de la viña en unos escogidos. Éstos, no obstante, se apoderan de ella y maltratan a sus emisarios. Finalmente, como último recurso, ese padre de familia envía a su propio hijo para recoger los frutos. Lo que ocurre a continuación es espantoso: los labradores lo reciben con una brutalidad inaudita y lo golpean hasta matarlo, como vaticinio de la Pasión redentora que sobrevendría pocos días después.

Así, el divino Maestro sugiere que la principal amenaza para su viña no proviene de los enemigos externos, sino de los internos, sobre todo de aquellos a quienes se han confiado responsabilidades. No son los Dioclecianos y sus persecuciones los que más afligen a la Iglesia; ni los Robespierres y sus guillotinas; ni tampoco los Stalins y sus gulags. La amenaza más grave reside en los traidores de dentro. Entre ellos, el más funesto es el que se traiciona a sí mismo. Judas había sido llamado desde el principio a ser ministro de Dios, labrador de la viña. Sin embargo, antes de traicionar a Jesús, traicionó su propia vocación. Por eso, más le habría valido no haber nacido (cf. Mt 26, 24)…

La conclusión de la parábola pone de manifiesto el dinamismo de la gracia, que jamás se desperdicia: el Reino de Dios se le quita al sanedrín —los labradores infieles— y se le da al nuevo pueblo elegido, que producirá frutos (cf. Mt 21, 43), es decir, a los bautizados, partícipes de la invencibilidad misma de la Iglesia.

¿Y los enemigos de la viña? ¿Saldrán ilesos? La respuesta brota de los labios del Salvador —la piedra rechazada por los arquitectos— en el versículo que sigue al pasaje de este domingo: «El que cayere sobre esta piedra se destrozará, y a aquel sobre quien cayere, lo aplastará» (Mt 21, 44). Cristo y su Cuerpo Místico no sólo resisten a sus enemigos, sino que los reducen a polvo.

Si Judas hubiera recurrido al auxilio maternal de la Santísima Virgen, la historia habría sido otra. Ella es la «torre de vigía» que no sólo vela por nosotros y nos rodea de afecto y protección, sino que también aplasta en todo momento la cabeza de la serpiente (cf. Gén 3, 5). Unidos a Ella, ¡el triunfo sobre los enemigos —incluso sobre los más internos— estará siempre garantizado!

Gustavo Kralj

Parábola de los labradores infieles - Museo de Arte Religioso, Cuzco (Perú)

Volvamos al verdadero centro

P. Isoldino José Quintão e Silva, EP

En el vasto teatro de la creación, desde el macrocosmos hasta el microcosmos —el hombre—, todo gira en torno a un mismo centro. De este principio derivan expresiones corrientes como «estar descentrado», «volver a centrarse» y «mantenerse centrado». Que el mundo padece una crisis fundamental —pues está, en buena medida, «descentrado»— y que urge una intervención divina para volver a centrarlo es una verdad que no requiere demostración.

La parábola del banquete nupcial parece reflejar el desorden del mundo actual: unos desatienden la invitación del rey; otros golpean a sus embajadores y los matan; un hombre entra en el recinto sin la vestimenta adecuada.

Si bien la función principal del alimento es mantener la vida y la salud física, éste también posee, en un plano superior, la capacidad de fomentar la convivencia humana y la práctica de la virtud. En la Sagrada Escritura, el Reino de los Cielos es comparado innumerables veces con un banquete. Y la Divina Providencia quiso que nuestra necesidad de alimento nos preparara para el banquete eucarístico, en el que Jesús mismo se nos ofrece como pan para el sustento de nuestras almas.

Parábola del banquete de bodas, de Dirck Dircksz. Santvoort - Museo del Convento de Santa Catalina, Utrecht (Países Bajos)

Durante milenios, el divino Artista trabajó en la restauración de su obra maestra, desfigurada por la desobediencia de nuestros primeros padres, preparando providencialmente las nupcias de su Hijo con la humanidad. Tras la caída, en cuya raíz estaba el fruto prohibido (cf. Gén 2, 16-17), el Señor educó al pueblo mediante diversos signos sensibles, como el maná y los sacrificios rituales. En «la plenitud de los tiempos» (Ef 1, 10), cuando la iniquidad llegó al extremo de pretender eliminar al propio Dios, Él formó a la Nueva Eva, capaz de concebir al Verbo eterno. Es entonces cuando, por medio de María Santísima, la Madre de la gracia, la Trinidad ofreció a los bautizados los frutos renovados de la vida y del conocimiento divino.

Con la Eucaristía, Cristo abre a los hijos de Adán el acceso al «pan vivo» (Jn 6, 51), prefigurado por el fruto del «árbol de la vida» (Gén 3, 24) en el paraíso terrenal y prometido al vencedor en el Apocalipsis (cf. Ap 2, 7).

En la parábola, el traje de boda representa la blanca túnica bautismal, que debemos conservar sin mancha mediante una vida recta, la práctica de las buenas obras y la observancia de los mandamientos. En el banquete de la santa misa, cuando Cristo se da a sí mismo como alimento (cf. Mt 26, 26), recibimos las gracias necesarias para alcanzar tan elevada meta.

Por lo tanto, hemos de acercarnos a la Eucaristía con las debidas disposiciones, pues San Pablo advierte que comer indignamente la carne de Cristo y beber indignamente su sangre es comer y beber su propia condenación (cf. 1 Cor 11, 27-29). Si hacemos del sacramento del altar el centro de nuestra existencia, todo recobrará su equilibrio: en primer lugar, nuestra alma y, en consecuencia, todo lo relacionado con ella en el orden del universo.

La parábola del banquete nupcial parece reflejar cierto desorden del mundo actual. ¿Cómo volver a centrarlo?

(Is 45, 1.4-6; Sal 95; 1 Tes 1, 1-5; Mt 22, 15-21)

¡Más importante que la moneda es la imagen!

P. Thiago de Oliveira Geraldo, EP

Mientras fariseos y herodianos discuten sobre la moneda del impuesto, Jesús les muestra que lo que más importa es comprender la imagen grabada en ella

Aquel que pasó su vida haciendo el bien (cf. Hch 10, 38) libra ahora sus últimas luchas antes de la Redención. El odio contra Él alcanza su punto álgido y se manifiesta en esta liturgia dominical mediante palabras melosas: «Maestro, sabemos que eres sincero y que enseñas el camino de Dios conforme a la verdad» (Mt 22, 16). Los autores de esta artimaña son los fariseos, quienes, al enviar a sus discípulos para hacer caer a Jesús en alguna contradicción, se alían con sus enemigos políticos, los herodianos.

Los fariseos aspiraban a que el pueblo elegido se viera libre de toda autoridad civil; los herodianos, por el contrario, se habían acomodado al sistema tributario romano. Jesús se encuentra, pues, entre dos grupos que, pese a sus divergencias, coinciden en el deseo de eliminarlo.

Al plantearle a Nuestro Señor un problema de conciencia —«¿Es lícito pagar impuesto al César o no?» (Mt 22, 17)—, pretenden acorralarlo. A juicio de los fariseos, el impuesto se debe a Dios, no a los emperadores. Si Jesús defendiera el pago, se granjearía el odio del pueblo y sería tenido por falso profeta; si lo desaconsejara, se convertiría en reo de insurrección contra la autoridad romana.

cgb (CC by-sa 3.0)

«La moneda del tributo», de Leopold Layer - Galería Nacional de Eslovenia, Liubliana; destacado, un áureo de Tiberio, moneda romana de la época de Jesús

La sutileza de la pregunta, oculta tras la máscara de la hipocresía, exige una respuesta de prodigiosa perspicacia. La sencillez divina se limita a pedir el objeto en litigio: «Enseñadme la moneda del impuesto», y le presentaron un denario (Mt 22, 19).

En aquella época, los romanos concedían a los pueblos subyugados el privilegio de acuñar sus propias monedas de cobre, decoradas con motivos animales o vegetales; en cambio, las monedas de plata —las únicas aceptadas para el pago del tributo— circulaban por todo el imperio y ostentaban la efigie del César, coronada de laureles.

La evidencia de los hechos es la respuesta perfecta de Nuestro Señor, pues si bien en teoría los fariseos repudiaban el impuesto al César, en la práctica usaban su moneda sin escrúpulos… ¡Una hipocresía tras otra! La sentencia definitiva del divino Maestro resuena a lo largo de los siglos: «Pues dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (Mt 22, 21).

Esta enseñanza divina atravesará los siglos, porque establece la necesaria concordia entre el orden civil y el eclesiástico: ambos proceden de Dios y deben converger hacia el bien común, atendiendo a las necesidades espirituales y materiales de la sociedad. Esta armonía debe empezar en nuestro interior, pues llevamos grabadas en nuestro ser tanto la imagen de César, manifestada en nuestras necesidades físicas, como la imagen de Dios, según lo revelado al principio de la creación: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gén 1, 26).

Si lloramos al perder una moneda valiosa, ¿no deberíamos lamentarnos también cuando desfiguramos la imagen de Dios acuñada en nuestra alma? Bien lo sintetiza San Agustín: «Como el César busca su imagen en su moneda, así Dios busca la suya en tu alma. Da al César, dice, lo que es del César. ¿Qué te pide el César? Su imagen. ¿Qué te pide Dios? Su imagen. Pero la del César está en la moneda, la de Dios está en ti».[1]

[1] San Agustín de Hipona. *Sermón 113 A*, n.º 8.

El mandamiento principal

P. Hamilton José Naville, EP

Este domingo, la liturgia nos ofrece un pasaje del Evangelio de San Mateo, en el que se narra un encuentro entre Jesucristo y los fariseos. No era la primera vez que intentaban tenderle una trampa. A pesar de tantas reprensiones recibidas, vuelven a presentarse ante el Redentor para preguntarle: «Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la Ley?» (Mt 22, 36).

Santo Tomás de Aquino comenta que, además de calumniosa, la cuestión era presuntuosa, pues «quien no ha cumplido ni el menor no debería preguntar por el mayor».[1] Jesús responde entonces: «"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente". Este mandamiento es el principal y primero» (Mt 22, 37-38). Respecto a esto, señala el Doctor Angélico: «Dios debe ser amado como lo primero digno de amor, ya que Él mismo es el fin primero, mientras que todas las demás cosas son amadas en razón de ese fin. Por tanto, quien ama a Dios como fin lo ama con todo su corazón».[2]

Las siguientes palabras del Salvador constituyen algo más que una interpretación de la Ley; se trata de la revelación del propio ser de Dios. Jesús no sólo vincula las tablas de la Ley con el profetismo, sino que establece la caridad como el núcleo de la vida espiritual: «"Amarás a tu prójimo como a ti mismo". En estos dos mandamientos se sostienen toda la Ley y los Profetas» (Mt 22, 39-40). Al respecto, el Aquinate[3] aclara que la expresión «como a ti mismo» no se identifica con el egoísmo, sino que significa que debemos amar a los demás con el mismo fin con que nos amamos a nosotros mismos: por amor a Dios. El papa Benedicto XVI[4] desarrolla esta perspectiva en la encíclica *Deus caritas est*, enseñando que el amor a Dios y el amor al prójimo, en el fondo, son dos caras de la misma moneda, inseparables y complementarias. Quien ama verdaderamente al prójimo ama a Dios y viceversa.

Nuestro Señor es el Amor mismo, que nos amó primero (cf. 1 Jn 4, 19), hasta el punto de entregarse en la cruz como amigo (cf. Jn 15, 13) y hacernos herederos de la bienaventuranza eterna. Jesús también nos atrae hacia sí, y esta unión se realiza mediante la caridad, vínculo de la unidad perfecta (cf. Col 3, 14). En esta virtud están incluidas todas las demás.[5] Para ello, conviene seguir la recomendación de San Pablo, es decir, imitar a los santos y al Señor, «acogiendo la Palabra en medio de una gran tribulación, con la alegría del Espíritu Santo» (1 Tes 1, 6).

Que al recorrer este camino, a veces sinuoso, nuestro amor al prójimo no sea un mero esfuerzo humano, sino que refleje concretamente el amor absoluto del Padre por cada uno de nosotros, purifique nuestro entendimiento y nuestra voluntad y nos prepare para la visión beatífica, en la que la virtud suprema —la caridad— será, por fin, la única Ley que reinará eternamente: «El amor no pasa nunca» (1 Cor 13, 8).

Jesús revela que la plenitud de la Ley y los Profetas reside inseparablemente en el supremo mandamiento de amor a Dios y al prójimo

---

[1] Santo Tomás de Aquino. *Super Matthæum*, c. xxii, lect. 4, n.º 1811.

[2] *Ibid*., n.º 1813.

[3] Cf. *ibid*., n.º 1819.

[4] Cf. Benedicto XVI. *Deus caritas est*, n.º 16-18.

[5] Cf. Santo Tomás de Aquino. *Suma Teológica*, II-II, q. 44, a. 1.

Nheyob (CC by-sa 4.0)
Sailko (CC by 3.0)

Cristo Redentor, de Giovanni da Milano - Basílica de la Santa Cruz, Florencia (Italia); a la izquierda, los diez mandamientos - Iglesia de San Patricio, Junction City (Estados Unidos)

Bahnfrend (CC by-sa 4.0) / Daniela Ayau

Evangelizar a toda criatura

«Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura». ¿Cómo acatar el mandato de Nuestro Señor Jesucristo? Si Él recomendó anunciar el Evangelio «a toda criatura», ¿debemos predicar incluso a seres inanimados e irracionales? ¿Cómo hacerse «oír» por ellos?

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Ante la figura de Nuestro Señor Jesucristo, tal y como nos la transmiten los Evangelios y la Tradición de la Iglesia, nos interesa analizar en profundidad su proceder, tanto según sus expresiones externas —la voz, los gestos, la mirada— como, sobre todo, según las manifestaciones de su espíritu, en la manera en que se dirigía a las personas y en los usos y costumbres que seguía en su vida, para comprender mejor a aquel que constituye el ejemplo para todo cristiano.

Uno de esos aspectos de Nuestro Señor que llama nuestra atención es el sistema de enseñanza adoptado durante sus tres años de vida pública: ¿por qué quiso dedicar su instrucción a las «ovejas descarriadas de Israel» (Mt 15, 24)? ¿Por qué empezó su apostolado por el pueblo judío?

Santo Tomás de Aquino,[1] al tratar esta particularidad, da cuatro razones por las que era conveniente que el divino Maestro predicara primero sólo al pueblo elegido.

Ante todo, conforme San Pablo (cf. Rom 15, 8), para cumplir las promesas hechas a los patriarcas y profetas en el Antiguo Testamento de que el Mesías nacería de su descendencia. En segundo lugar, porque los judíos constituían la nación más cercana a la divinidad por su fe y su culto, y así quedaba demostrado que su venida procedía de Dios, que todo lo hace con orden y jerarquía. La tercera razón es de carácter diplomático: si Nuestro Señor se hubiera dirigido a los gentiles y a los samaritanos, podría haber sido acusado de no interesarse por su propio pueblo. Finalmente, porque fue en la cruz donde conquistó el dominio sobre las naciones (cf. Flp 2, 8-11; Col 2, 11-15).

Por lo tanto, aunque excepcionalmente Jesús hizo apostolado directo con algunos paganos —como, por ejemplo, la samaritana (cf. Jn 4) y los griegos (cf. Jn 12, 20-23), así como el centurión romano y la cananea, cuya fe elogió (cf. Mt 8, 5-13; 15, 21-28)—, debemos considerar que, hasta la pasión, Nuestro Señor prefirió ejercer su misión específicamente entre el pueblo judío, porque había venido a lo que era suyo (cf. Jn 1, 11).

Esto no significa que el Salvador despreciara a los gentiles. Al contrario: habiendo muerto en el Calvario para salvar al género humano, quiso que, después de su resurrección, los Apóstoles llevaran la luz de la doctrina al mundo entero, de modo que los efectos de su preciosísima sangre penetraran en las almas y toda la humanidad se beneficiara de la Redención.

Sin embargo, ¿quién podría probar que aquella Palabra se extendería por todo el orbe? Hay ciertas obras en la historia respecto a las que la Providencia no ofrece garantías de éxito, sino sólo indicios un tanto ocultos, pues si diera pruebas evidentes, ¿qué mérito tendrían los que abrazaran la causa del bien? Así, al fundar la Iglesia, Dios concedió a las personas de fe gracias para discernir en ella una institución infalible, destinada a la victoria total; a los incrédulos, en cambio, aún les era posible ponerlo en duda.

Origen del carácter misionero de la Iglesia

Al enviar a sus discípulos a difundir la verdad por todos los pueblos, el Redentor demostró su poder, dotando a su predicación de una eficacia tan grande que acabaron convirtiendo a personas que ni siquiera habían oído hablar de la persona de Jesús. ¡Eran doce hombres, seguidos por otros setenta y dos, transformados de «desvalidos» (Sal 112, 7) en verdaderos ángeles, dotados de la facultad de expulsar demonios y obrar grandiosos milagros!

Al mismo tiempo, Nuestro Señor dio a los gentiles la posibilidad de practicar un acto de fe mayor que el del propio pueblo judío, pues, sin recibir el Evangelio directamente de sus divinos labios, sino sólo el testimonio de terceros, lo aceptaron en mayor medida que aquellos que se beneficiaron de sus signos y discursos. «Bienaventurados los que crean sin haber visto» (Jn 20, 29).

¿De dónde procedía aquel primer impulso de conquista?

Provenía de lo alto y tenía su origen en el amor entre las tres personas de la Santísima Trinidad. Dios sacó de la nada el universo para manifestar exteriormente ese amor que, desde toda la eternidad, es su vida y su felicidad. Y creó a la humanidad de tal manera que la encarnación del Verbo y la santificación de las almas por el Espíritu Santo fueran posibles. Por eso, desde el principio de la creación, el Señor entra constantemente en contacto con los hombres para hacerles conocedores de la verdad y salvarlos.

El carácter *misionero* de la Santa Iglesia se apoya en esa voluntad del Hijo y del Espíritu de ser enviados —en latín, *missi*— y en el designio del Padre al enviarlos.

De hecho, toda nuestra fe se basa y se centra en la figura de Nuestro Señor Jesucristo, como Él mismo afirmó: «El que cree tiene vida eterna» (Jn 6, 47). Al venir a la tierra, nos trajo la Revelación, ya que las mismas comunicaciones divinas hechas en el Antiguo Testamento se dieron con vistas al advenimiento del Mesías.

Por lo tanto, la Iglesia recibe de Cristo, su cabeza, toda su savia, tal como la luna —según la comparación de los Padres de la Iglesia— recibe toda su luz del sol.[2] Si el sol se apagara, la luna se oscurecería y el mundo se sumiría en las tinieblas.

Así pues, la Iglesia es santa porque la preciosísima sangre de Jesús la lava, riega y unge, y la acción del Espíritu Santo, que inhabita las almas en gracia, la anima y santifica, confiriendo al Cuerpo Místico de Cristo un carácter fuerte, firme e indestructible, en consonancia con la promesa de Nuestro Señor: «El que cayere sobre esta piedra se destrozará, y a aquel sobre quien cayere, lo aplastará» (Mt 21, 44).[3]

Por amor a su Iglesia, Dios concede a los fieles dones y gracias especiales, de los que luego brotan las más magníficas obras de virtud y de verdad, así como tantas riquezas y maravillas del arte. Por eso, no hay hermosura plena fuera de la Iglesia. Se podrá encontrar cierta pulcritud, por ejemplo, en una pagoda japonesa o en ciertos edificios de la India, o incluso en construcciones como la Alhambra de Granada; pero las bellezas que existen en los pueblos ajenos a la religión católica siempre son incompletas y susceptibles de mejora.

Hugo Grados

El Redentor envió discípulos a todos los pueblos y dotó a su predicación de una gran eficacia

Predicación de San Francisco Javier, de Pedro Atanasio Bocanegra - Museo Catedralicio, Guadix (España). En la página anterior, destacado: Jesús predicando a las multitudes - Capilla de la Universidad del Verbo Encarnado, San Antonio (Estados Unidos); de fondo, vista del mar de Galilea (Israel)

Finalidad de la misión de la Iglesia

¿Cuál es entonces la finalidad de la acción misionera de la Santa Iglesia?

Puesto que nuestras almas son objeto del amor infinito de Dios, es ese mismo amor el que nos impulsa a salir al encuentro de todas las personas, con el objetivo de hacerlas partícipes de la gran familia divina. Este movimiento se asemeja a la figura del círculo que, partiendo de un punto, vuelve al lugar del que partió. En efecto, nuestro origen está en la Santísima Trinidad y nuestro fin último es la misma Trinidad Beatísima.

El carácter *católico* propio de la Iglesia —del griego *katholikós*, que significa *universal*— procede de la exigencia de la misión. El gran Capitán llamado Jesucristo nos ordena con estas

palabras: «Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28, 19-20).

No podemos restringir esa promesa de la permanencia de Nuestro Señor con nosotros única y exclusivamente a la presencia eucarística, ya que, durante mucho tiempo, no se reservaban las partículas consagradas en el sagrario, costumbre que se fue estableciendo poco a poco por la necesidad de llevar el viático a los enfermos. Es sobre todo durante el apostolado cuando Él se hace presente, como afirmó en otro pasaje: «Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18, 20).

Ahora bien, dado que la Iglesia es universal, debe extender sus raíces por todos los rincones de la tierra, influyendo en los ambientes, los hogares y las familias con la «psicología» del Evangelio, para que podamos comprender que nuestra vocación individual también es universal. Necesitamos tener alma de apóstol hasta el punto de querer convertir a todos los pueblos.

Al considerar a cada uno de nosotros, constatamos que somos barro, pero si nos dejamos transformar por Dios, su amor hará de nosotros grandes santos, y saldremos por el mundo inflamados del deseo de conquistar la faz de la tierra para Nuestro Señor, dando ocasión a que la gracia se difunda generosamente y acercando las almas a la práctica de la verdadera religión, con el empeño de que todos caminen hacia la perfección.

Sin embargo, si analizamos el globo terráqueo, veremos que el mandato misionero de Jesús aún no se ha cumplido plenamente, pues quedan muchos pueblos que evangelizar. Seamos, pues, instrumentos dóciles al soplo del Espíritu Santo, utilizando todos los recursos a nuestro alcance y apoyándonos en los dones y cualidades que nos ha concedido la Providencia para dar a conocer la Iglesia católica en todo el mundo.

¿Qué significa evangelizar a «toda criatura»?

Esto nos lleva a otra consideración muy importante. Al final del Evangelio de San Marcos hay un detalle precioso que siempre me ha llamado la atención y sobre el cual no he encontrado ningún comentarista que se haya detenido. Este evangelista, a diferencia de los demás, destaca esta afirmación de Nuestro Señor, ya resucitado: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio *a toda criatura*» (Mc 16, 15).

Pues bien, si Él recomendó anunciar el Evangelio «a toda criatura», ¿debemos entonces predicar no sólo a los hombres y mujeres, sino incluso a seres inanimados e irracionales? «Criaturas» son las piedras y las plantas, las aves y los perritos… ¿Cómo hacerse «oír» por ellos?

Me parece que estas palabras encierran un significado muy interesante en lo que respecta a la vocación de los bautizados, cuya acción busca poner a Nuestro Señor Jesucristo en el centro de la creación, de modo que ésta se conforme a Él.

Al santificar el alma y hacerla partícipe de la naturaleza divina, el bautismo introduce en ella el cortejo de las virtudes y de los dones del Espíritu Santo, otorgándole una visión diferente del universo y capacitándola no sólo para controlar sus pasiones y malas inclinaciones, sino también para actuar sobre los seres que la rodean. Ahora bien, si el hombre se relaciona con los cinco planos de la creación —los minerales, los vegetales, los animales, los demás hombres e incluso los ángeles—, se trata, por tanto, de que los efectos del bautismo recibido se hagan sentir en todo el ámbito que lo rodea, sacralizando y, por así decirlo, evangelizando hasta la materia inanimada.

Así pues, cuando se va a levantar una construcción, es necesario aplicar los conocimientos de ingeniería para

Reproducción

El carácter católico propio de la Iglesia procede de la exigencia de la misión: Jesucristo nos ordena hacer discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo

«Bautismo de Ixtlilxóchitl», de José Vivar y Valderrama - Museo Nacional de Historia, Ciudad de México

Gustavo Kralj

El Evangelio debe predicarse no sólo a los hombres, sino que ha de penetrar en todos los ámbitos del actuar humano, incluidos los propios gestos y actitudes

Mons. João en agosto de 2007

aprovechar los elementos minerales —la arena, los ladrillos, el hierro, el mármol— con el fin de erigir iglesias, palacios o casas en los que se impriman los estigmas del Evangelio. Porque un arco, una columna, un vitral, una escultura, una ventana, una puerta, una reja, los peldaños de una escalera o incluso el color de los techos pueden ser instrumentos para hablar de Dios. El espíritu moderno, por el contrario, se preocupa por construir edificios rápidos y funcionales, dando escasa importancia a su belleza. El resultado son obras contrarias al Evangelio, más apropiadas para predicar los axiomas del infierno.

Si se trata de un terreno, hay que esforzarse por cultivarlo hasta transformarlo en un magnífico jardín, de acuerdo con el espíritu de Nuestro Señor.

En cuanto a las propias criaturas vivientes, como los pájaros o las mariposas, conviene hacer todo lo posible para proporcionarles un ambiente adecuado y que se multipliquen de tal manera que embellezcan los paisajes.

Y así debe predicarse el Evangelio constantemente, no sólo en la arquitectura o en la botánica, sino también en la culinaria, en los tejidos, en la vestimenta, en los paramentos, en un hermoso órgano, en un canto armonioso —gregoriano o polifónico—, en los símbolos, así como en los gestos, en las actitudes, en la manera de realizar cualquier trabajo, en las formas de ser y de comportarse, en el trato con los demás, en la administración de los sacramentos…

El propio San Pablo afirma en su epístola a los romanos que las criaturas —es decir, todo el universo—, habiendo sufrido la marca del pecado, gimen anhelando el día en que reciban los influjos de la Redención (cf. Rom 8, 22-23). Y la visión tomista defiende la tesis de que al final del mundo, después del Juicio, la obra creada por Dios alcanzará una verdadera apoteosis de esplendor, ¡como nunca antes![4]

Sin embargo, nada supera la predicación realizada mediante la práctica de la virtud, a través de la cual queremos que la tierra se transforme en un verdadero Paraíso, donde los principios del Evangelio y el sentido de jerarquía se apliquen a todo lo que existe, en contra del igualitarismo, el prosaísmo y la vulgaridad.

En el Cielo no hay nada torcido, roto ni feo; al contrario, todo es de una belleza inimaginable. ¡Una sola de las maravillas celestiales llenaría nuestra eternidad! Dios lo quiso así para que los sentidos corporales estén en consonancia con el alma, la cual gozará de la felicidad suprema de la visión beatífica, que consiste en ver a Dios cara a cara. ✣

Fragmentos de exposiciones orales pronunciadas entre 1992 y 2015.

Archivo Revista

---

[1] Cf. Santo Tomás de Aquino. *Suma Teológica*. III, q. 42, a. 1.

[2] Cf. CCE 748.

[3] A propósito de este pasaje de San Mateo, así afirma Santo Tomás: «Mas la Iglesia nunca pudo ser destruida: ni por los perseguidores, más aún, durante las persecuciones creció más, y quienes la perseguían y a los que ella perseguía, terminaron. […] Ni por los errores, más aún, cuantos más errores surgieron, más se manifestó la verdad. […] Ni por las tentaciones de los demonios, pues la Iglesia es como una torre en la que se refugia quienquiera que lucha contra el diablo» (Santo Tomás de Aquino. *Exposición del Símbolo de los Apóstoles*, a. 9).

[4] «Luego será preciso que otros cuerpos reciban también mayor influjo de la divina bondad, no para variarlos de especie, sino añadiéndoles cierta perfección gloriosa. Y ésta será, en realidad, la innovación del mundo. Luego al mismo tiempo el mundo será innovado, y el hombre, glorificado» (Santo Tomás de Aquino. *Suma Teológica*. Supl., q. 91, a. 1).

Evangelización

Una sola Iglesia, una sola misión

Thiago Tamura

Maestra de la verdad, la Iglesia fue investida por el divino Salvador con la sublime misión de ser la fiel y única intérprete de la Revelación, a fin de reconducir maternalmente a todos los pueblos a la unión con Cristo.

Diác. Adriel Brandelero, EP

Traduttore, traditore —traductor, traidor—: así reza el adagio italiano que, mezclando ironía y realidad, tantas veces ha quedado confirmado por los hechos y por las ediciones de libros…

Con razón, la tarea de traducir constituye para muchos estudiosos un desafío moral; al fin y al cabo, no es una simple elección de palabras, sino de conceptos, un patrimonio de los más valiosos para quien sabe reconocer el verdadero significado que encierran.

Traducir no significa encontrar una correspondencia exacta entre vocablos, sino preservar la homogeneidad del pensamiento de quien lo concibió. He aquí el reto, pues «si existiera una equivalencia perfecta de una lengua a otra, el resultado no sería una traducción, sino una réplica. Y si tales réplicas fueran posibles de manera habitual, no habría lenguas, sino sólo una vasta y difusa jerga internacional, una suerte de anulación tardía de la historia de Babel».[1]

Cuanto más profundo, complejo y matizado es el pensamiento del autor, mayores son los riesgos para el *traduttore*… ¿Cómo vislumbrar, por ejemplo, las angustias de los sabios de Alejandría que vertieron el Antiguo Testamento del hebreo al griego? ¿Y qué decir de la responsabilidad que recayó sobre San Jerónimo cuando elaboró la llamada Vulgata en latín, que contiene todos los libros de la Sagrada Escritura? ¿Quién puede comprender «el pensamiento del Señor» (cf. Rom 11, 34) para representarlo con fidelidad? «Traducir» al Espíritu Santo no es tarea fácil…

Estos dilemas que plantea la redacción de textos pueden ayudarnos a entender mejor la misión que Cristo confió a su Iglesia: evangelizar a todos los pueblos (cf. Mt 28, 19-20), una responsabilidad incomparablemente superior a la de los intérpretes de idiomas.

> *Cristo confió a la Iglesia, su fiel intérprete, la misión de evangelizar a todos los pueblos, ayudándolos a reflejar a Dios en sus propias costumbres*

Y, si nos es legítimo recurrir al fenómeno de la traducción para iluminar la evangelización, debemos considerar que la misión de la Iglesia consiste en traducir un solo Verbo: el Eterno. Éste fue pronunciado por el Padre desde toda la eternidad, como lo consignó San Juan en el prólogo del cuarto Evangelio: «En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios» (Jn 1, 1).

Culturas diferentes, pero una misma Iglesia

Sin embargo, ¿no sería más perfecto que todos los hombres lo aprehendieran tal como Él es, sin los recursos del lenguaje humano, siempre condicionados por las épocas y los contextos?

En primer lugar, no todo lo que es más perfecto está al alcance de nuestra intelección, pues la forma «vernácula» del Verbo eterno sólo la conoce el Padre: «Nadie conoce al Hijo más que el Padre» (Mt 11, 27). Somos incapaces de comprenderlo en sí mismo. He aquí el misterio de nuestra fe; por eso, necesitamos una «traductora» investida de esa misión divina: la Iglesia.

Por otra parte, le plugo al Altísimo crear de la nada todas las cosas por medio del Verbo, porque «Él es imagen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura» (Col 1, 15). Pues bien, si todo procede de Cristo, la creación ha de reflejar sus perfecciones. Y, como enseña Santo Tomás de Aquino,[2] era necesario que existieran múltiples y variados seres para que la semejanza divina se manifestara en ellos con mayor perfección.

Si bien ya es magnífica la diversidad de seres irracionales e inanimados, aún más resplandece el ser humano, síntesis del universo creado. En la pluralidad de etnias y culturas, las infinitas perfecciones del divino Artífice brillan con mayor esplendor. Los distintos ambientes generan costumbres, comportamientos, estilos de vida y modos de pensar *sui generis*, que conforman una inmensa y variada panoplia de expresiones artísticas y culturales.

En resumen, todos los pueblos son impulsados por el Paráclito a «pronunciar», con sus costumbres y luces propias, el mismo Verbo eterno que el Padre envió al mundo, recapitulando así todas las cosas en Cristo (cf. Ef 1, 10).

He aquí la misión maternal de la Iglesia: acoger bajo su manto protector a todos los pueblos de la tierra y ayudarles a entender el Verbo del Padre y a volver a pronunciarlo en sus vidas y obras. El *Catecismo* explica: «"El Padre eterno creó el mundo por una decisión totalmente libre y misteriosa de su sabiduría y bondad. Decidió elevar a los hombres a la participación de la vida divina", a la cual llama a todos los hombres en su Hijo: "Dispuso convocar a los creyentes en Cristo en la santa Iglesia"».[3]

Única intérprete autorizada del Verbo

En el mandato del divino Maestro a los Apóstoles —«Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos» (Mt 28, 19a)— encontramos los divinos principios que deben regir la misión de la Iglesia.

Ante todo, constatamos que el dinamismo sobrenatural que impulsa a los discípulos de Cristo a la gran aventura de la evangelización los lleva también a abandonar incluso su propio lugar de origen para instruir a quienes viven en el error. Así se revela el mismo método que ya aplicó Jesús: convivir para transmitir la fe.

Al reflexionar sobre este punto, recordamos los primeros pasos de la Buena Nueva y, entre ellos, el apostolado del diácono San Felipe con el ministro de Candaces, reina de Etiopía. El súbdito leía al profeta Isaías; conocía las palabras, pero no captaba el mensaje: «"¿Entiendes lo que estás leyendo?". Contestó: "¿Y cómo voy a entenderlo si nadie me guía?". E invitó a Felipe a subir y a sentarse con él» (Hch 8, 30-31). Sentarse a su lado y explicar… ¡Qué hermosa síntesis de la misión de evangelizar! La instrucción por sí sola no basta para que el Verbo de Dios sea comprendido y amado; es necesario convivir, hacerse cercano y enseñar con el ejemplo el camino que conduce a Él.

> *La instrucción por sí sola no basta para que el Verbo de Dios sea comprendido y amado; es necesario convivir, hacerse cercano y enseñar con el ejemplo*

Pero esto aún no era suficiente, pues el mencionado mandato del Señor continúa: «bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28, 19b). La eficacia de la evangelización depende en grado eminente de los méritos y de la gracia de Nuestro Señor, conferidos por medio de los «administradores de los misterios de Dios» (1 Cor 4, 1): primero, en las aguas del bautismo, en las que el alma recibe la vida divina; pero también en la recepción de la eucaristía, en la que el fiel recibe al propio Cristo; en la confirmación, en la que es fortalecido por Él; y en el tribunal de la penitencia, donde se reconcilia con Dios.

El fin de la evangelización es la conversión

Nuestro Redentor advierte además en el mismo pasaje: «Enseñándoles a

Reproducción

La eficacia de la evangelización depende de los méritos y de la gracia de Nuestro Señor, conferidos por medio de los «administradores de los misterios de Dios»

«San Felipe, diácono, bautiza al etíope», de Lorenzo Lippi. En la página anterior, campanario de la capilla de Nuestra Señora del Pilar, Ubatuba (Brasil)

guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28, 20).

Este pasaje nos recuerda que, para ser dignos de las maravillas del Evangelio, debemos observar cuidadosamente las enseñanzas recibidas de Nuestro Señor. Por la correspondencia a la gracia y a la presencia de la Santísima Trinidad en el alma, se obra una transformación progresiva, seria y profunda del católico, que se consumará en su plena configuración con Cristo.

Por lo tanto, aceptar la Buena Nueva implica necesariamente la conversión, pues Él mismo sintetizó su misión al declarar imprescindible hacer penitencia, convertirse y creer en el Evangelio (cf. Mc 1, 15). Así, tras librar a la mujer adúltera de las malas intenciones de los ancianos, Jesús le dijo: «Anda, y en adelante no peques más» (Jn 8, 11). Repitió una advertencia similar cuando curó al paralítico junto a la piscina de Betesda: «Mira, has quedado sano; no peques más, no sea que te ocurra algo peor» (Jn 5, 14).

En este sentido, el Concilio Vaticano II enseña que «la buena nueva de Cristo renueva constantemente la vida y la cultura del hombre, caído, combate y elimina los errores y males que provienen de la seducción permanente del pecado. Purifica y eleva incesantemente la moral de los pueblos. Con las riquezas de lo alto fecunda como desde sus entrañas las cualidades espirituales y las tradiciones de cada pueblo y de cada edad, las consolida, perfecciona y restaura en Cristo».[4]

Cuando el mensaje del Evangelio alcanza el corazón de los pueblos y de las culturas, hace surgir una nueva civilización para Cristo

Archivo Revista

«El Evangelio de Cristo, con las riquezas de lo alto, fecunda como desde sus entrañas las cualidades espirituales y las tradiciones de cada pueblo y de cada edad»

San Agustín de Canterbury predicando ante el rey anglosajón Etelberto - Grabado de la obra «The Imperial History of England», de David Hume (editado)

Evangelización e inculturación: ¿sinónimos o antónimos?

Cuando calificamos a la Iglesia de *católica*, afirmamos que «está orientada a todo el mundo, que abarca todos los tiempos y que se dirige a todas las culturas. Dado el destino universal de su cometido, la Iglesia debe tener la cualidad de adecuarse a las distintas épocas y ámbitos culturales».[5]

También en el último concilio encontramos la respuesta que orienta la inculturación de la Iglesia en las diversas naciones. Lejos de adoptar costumbres degradantes e indignas de la Esposa de Cristo, ésta debe insertarse en todos los pueblos movida por el mismo impulso que llevó al Verbo eterno a someterse, en la encarnación, a las condiciones sociales y culturales de los hombres con quienes convivió, para ofrecer a todos el misterio de la salvación y la verdadera vida.[6]

Lejos de ser antónimos, la evangelización y la inculturación son fases de una misma gracia concedida al pueblo que ha tenido la dicha de recibir la semilla del Evangelio, de comprender el Verbo del Padre y de dejarse penetrar por la luz vivificante del Espíritu Santo, que obra en la Iglesia.

El fenómeno de la inculturación, explicaba Juan Pablo II, «ante las culturas más dispares y a veces contrapuestas, presentes en las distintas partes del mundo, quiere ser una obediencia al mandato de Cristo de predicar el Evangelio a todas las gentes hasta los últimos confines de la tierra. Esta obediencia no significa sincretismo, ni simple

adaptación del anuncio evangélico, sino que el Evangelio penetra vitalmente en las culturas, se encarna en ellas, superando sus elementos culturales incompatibles con la fe y con la vida cristiana y elevando sus valores al misterio de la salvación, que proviene de Cristo».[7]

Cuando el mensaje del Evangelio alcanza el corazón de los pueblos y de las culturas, hace surgir una nueva civilización para Cristo mediante un cambio en la vida, en las costumbres y en la mentalidad. A este respecto, el papa Pablo VI enseñó que «para la Iglesia no se trata solamente de predicar el Evangelio en zonas geográficas cada vez más vastas o poblaciones cada vez más numerosas, sino de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación».[8]

El papa León XIV corrobora esta enseñanza al afirmar que «la santidad no es una opción entre tantas ni un ideal abstracto; tiene que ver con la identidad misma de cada persona que quiere participar en la vida del Resucitado».[9]

Cuando la traducción se convierte en traición…

¡Qué disgusto sienten la Iglesia y el propio Cristo al ver ciertas acciones pretendidamente evangelizadoras que no «traducen» con pureza el sentido de la Revelación!

Podemos encontrar algunos ejemplos de este lamentable hecho en las enseñanzas de la *Dominus Iesus*, que condena la «actitud relativista con relación a la verdad, en virtud de lo cual aquello que es verdad para algunos no lo es para otros; […] el eclecticismo de quien, en la búsqueda teológica, asume ideas derivadas de diferentes contextos filosóficos y religiosos, sin preocuparse de su coherencia y conexión sistemática, ni de su compatibilidad con la verdad cristiana; la tendencia, en fin, a leer e interpretar la Sagrada Escritura fuera de la Tradición y del Magisterio de la Iglesia».[10]

Ahora bien, si la misión de la Iglesia es evangelizar, esa obligación incumbe también a cada uno de sus miembros, especialmente a aquellos que ejercen el ministerio de enseñar, gobernar y santificar.

Ser otro Cristo mediante la imposición de manos significa estar investido de la misión de ser «*traduttore*» del Verbo eterno, un encargo que hace indispensable la identificación del ministro sagrado con el Corazón misericordioso de Jesús, como exhortó el papa León XIV en un mensaje reciente: «El sacerdote que tiene un corazón íntegro, sencillo y puro es contemplativo en la acción, misericordioso, fiel en la prueba y alegre en la entrega de sí. El mundo tiene una gran necesidad de pastores que no ofrezcan sólo palabras o programas, sino el testimonio vivo de un corazón reconciliado, difundiendo el buen olor de la santidad de Cristo».[11]

Hagamos nuestras estas intenciones del Santo Padre. A fin de cuentas, el mundo ya está cansado de los «*traditori*». ✣

Evangelizar es obligación de cada miembro de la Iglesia, sobre todo de quienes ejercen el ministerio de enseñar, gobernar y santificar

«El mundo tiene una gran necesidad de pastores que no ofrezcan sólo palabras o programas, sino el testimonio vivo de un corazón reconciliado»

San Francisco Javier - Santuario de Loyola, Azpeitia (España)

[1] Apter, Emily. «Preface». *In*: Cassin, Barbara (Ed.). *Dictionary of Untranslatables. A Philosophical Lexicon*. Princeton: Princeton University Press, 2014, p. xiv.

[2] Cf. Santo Tomás de Aquino. *Suma contra los gentiles*. L. II, c. 45.

[3] CCE 759.

[4] Concilio Vaticano II. *Gaudium et spes*, n.º 58.

[5] Fernández, Aurelio. *Teología dogmática. Curso fundamental de la fe católica*. Madrid: BAC, 2009, p. 748.

[6] Cf. Concilio Vaticano II. *Ad gentes*, n.º 10.

[7] San Juan Pablo II. *Pastores dabo vobis*, n.º 55.

[8] San Pablo VI. *Evangelii nuntiandi*, n.º 19.

[9] León XIV. *Mensaje a los sacerdotes con motivo de la Jornada por la Santificación Sacerdotal*, 12/6/2026.

[10] Congregación para la Doctrina de la Fe. *Dominus Iesus*, n.º 4.

[11] León XIV, *op. cit.*

La «tierra sin mal»

Antes de que la fe católica llegara a América del Sur, los guaraníes buscaban lo que ellos llamaban «Yvy Mará He'y», donde encontrarían la felicidad sin fin. Los misioneros los guiaron hasta allí.

P. Hernán Luis Cosp Bareiro, EP

Nos encontramos en plena selva sudamericana del siglo XVII. Por entre el espeso matorral podemos oír un frenético estruendo de voces que cantan, trompetas estridentes y roncos tambores. Se desarrolla la más habitual de las escenas: un prisionero, capturado en combate y ahora rodeado de guaraníes en fiesta, espera el golpe definitivo.

Un destino similar les aguarda, inevitablemente, a quienes caen en poder de los guaraníes. Una vez capturado, el hombre es engordado y, a continuación, sacrificado. Su carne saciará a todos, desde los ancianos hasta los niños. Sus tibias se convertirán en trompetas. Su cráneo servirá de copa.

He aquí las costumbres guaraníes en el Paraguay del siglo XVII.

* * *

Sin abandonar el lugar, avancemos hasta el siglo XVIII. Han transcurrido cerca de cien años y todo ha cambiado.

Se alza una auténtica ciudad guaraní. Calles amplias y pavimentadas conectan extensos campos de cultivo con grandes y sólidos edificios de piedra. Entremos en uno de ellos: la iglesia.

Allí se celebra la santa misa. Resuena la música religiosa. Un numeroso coro de voces mixtas cuenta con el acompañamiento de una orquesta completa: órgano de tubos, arpas, trompetas, trombones, flautas, clarinetes y fagotes. Los cálices, los paramentos y el propio templo salieron de las manos ya bautizadas de los guaraníes.

He aquí la vida de una reducción jesuítica en el Paraguay del siglo XVIII.[1]

Las reducciones

La historia de las *reducciones* —nombre que proviene de la expresión latina *reductio ad unum*, empleada para designar la reunión de indígenas en un solo lugar— comenzó en 1587, cuando Mons. Francisco de Victoria, OP, obispo portugués de Tucumán —región que abarcaba el actual Paraguay y parte de Argentina—, solicitó ayuda a los misioneros jesuitas de Brasil. Necesitaba asistencia en su diócesis, donde la lengua más extendida, el guaraní, presentaba similitudes con el tupí hablado en tierras brasileñas.

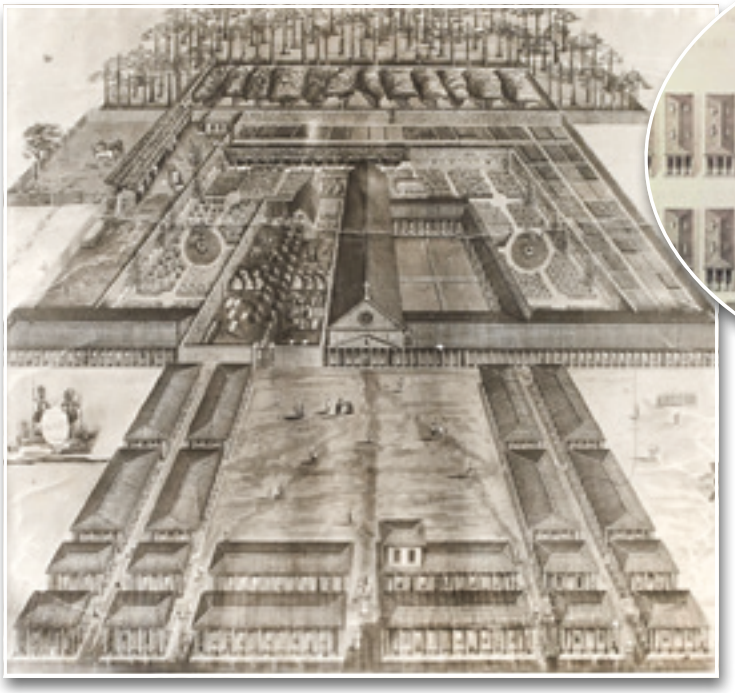
La petición fue aceptada y no se escatimaron esfuerzos. Cada día se visitaba a los enfermos, se celebraba misa y se pronunciaba el sermón. Como fruto de este apostolado, desarrollado siempre en torno al altar, el número de indígenas bautizados alcanzaba una media de trescientos al día.

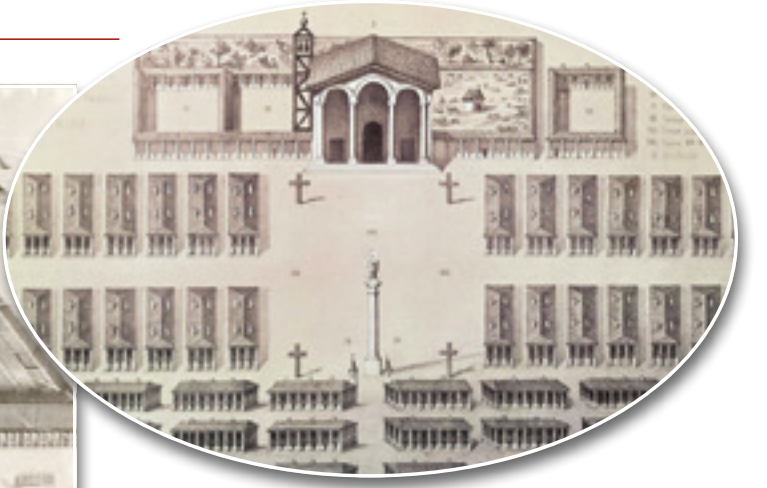
Pero no bastaba con predicar. ¿No había enseñado el divino Maestro que la semilla de la palabra sólo crece en terreno propicio (cf. Mt 13, 18-23)? Pues bien, los misioneros decidieron civilizar evangelizando y evangelizar civilizando. Para ello, crearon las mencionadas reducciones. Estas comunidades, supervisadas por sacerdotes jesui-

Vini Araujo (CC by-sa 4.0)

En respuesta al llamamiento del obispo de Tucumán, los misioneros jesuitas decidieron civilizar evangelizando y evangelizar civilizando

Ruinas de la reducción de San Miguel Arcángel - São Miguel das Missões (Brasil)





Fotos: Reproducción

El centro jerárquico de cada reducción era la iglesia, donde latía el corazón de la comunidad; a su alrededor se alzaban el hospital, el cementerio y las dependencias administrativas

Planos de reducciones de la antigua provincia jesuítica de Paraguay: arriba, reducción de Nuestra Señora de la Candelaria, en la actual ciudad de Candelaria (Argentina) - Museo Histórico y Diplomático de Itamaraty, Río de Janeiro; a la izquierda, reducción de San Juan Bautista, en el actual municipio de Entre-Ijuís (Brasil)

tas —por lo general, no más de dos—, se regían por leyes políticas y religiosas, lo que permitía a sus habitantes abandonar su anterior vida errante de seminómadas. En cada asentamiento se congregaban, por término medio, tres mil quinientas personas; algunos llegaban a albergar hasta seis mil.

La primera experiencia de este tipo, la reducción de San Ignacio Guazú, se estableció a veinticinco leguas de Asunción en 1609. Ese mismo año, a ciento sesenta leguas al este de dicha capital, nació la reducción de Nuestra Señora de Loreto. Y el número de nuevas sociedades crecía con extraordinaria rapidez.

La ciudad de Dios

El centro jerárquico de cada reducción era la iglesia. Allí latía el corazón de la comunidad. Se oficiaba la concurrida misa diaria, se impartía la catequesis, se atendían numerosas confesiones, se celebraban matrimonios. De allí también brotaba todo el florecimiento espiritual. Los vicios, antes tan arraigados, quedaban pisoteados por la vida virtuosa, la ascesis y la oración.

Junto al templo se alzaban el hospital, el cementerio y las dependencias administrativas, como el cabildo y el colegio. Las avenidas principales gozaban de sombra permanente gracias a las galerías cubiertas que las recorrían. Las construcciones se levantaban, por lo general, con gruesos muros de mampostería de más de un metro de espesor, y la estructura de los techos contaba con enormes vigas. De este modo, el interior se mantenía fresco y los edificios conservaban su solidez a lo largo del tiempo.

Escuelas para toda edad y condición

Los hijos de San Ignacio instituyeron en las reducciones un consejo legislativo, formado por los propios guaraníes. Cada comunidad se convertía así en una pequeña república autónoma, a semejanza de las antiguas y célebres polis griegas.

Existía igualmente un cuerpo de caballería y un escuadrón de infantería que utilizaban tanto las armas tradicionales de los indígenas —macana, arco y honda— como la espada y el fusil.

La agricultura pasó a sustentar a los guaraníes, que hasta entonces dependían de la caza y de la pesca. En cada ciudad había unas siete grandes huertas y vergeles, donde abundaban las frutas, hortalizas y plantas medicinales.

También se desarrolló la industria. Utilizando modernos hornos para cocer ladrillos y fraguas, los guaraníes construyeron molinos, aserraderos y curtidurías, así como ingenios azucareros y almazaras, e incluso talleres de relojería.

Las artes florecieron. La primera imprenta tipográfica de la región del Río de la Plata, por ejemplo, nació en una reducción. Esculturas, pinturas, alfombras, instrumentos musicales, objetos litúrgicos —con sus encajes, joyas y metales preciosos—, todo era elaborado por los autóctonos según el más refinado gusto del Viejo Continente.

Entre los dones que los nuevos bautizados manifestaron con mayor brillo se encontraba la música. Las piezas francesas, alemanas e italianas se interpretaban con tal propiedad que bastaba con ocultar a los instrumentistas para que el público creyera estar escuchando orquestas procedentes del otro lado del Atlántico.

Ataques y defensa

Así, con el paso de las décadas, los misioneros fundaron numerosos focos de civilización que, en el siglo XVIII,

Reproducción

Maurice Chédel (CC by-sa 3.0)

La envidia surgió en aquel contexto de prosperidad y provocó la destrucción de una sociedad despojada de primitivismo e impregnada de virtud: una verdadera «tierra sin mal»…

Ruinas de la reducción de la Santísima Trinidad del Paraná - Trinidad (Paraguay); a la izquierda, caballería guaraní en la reducción de San Francisco Javier, en la actual San Javier (Argentina) - Museo de América, Madrid

llegarían a extenderse a lo largo de seiscientos cincuenta kilómetros de norte a sur y cerca de seiscientos kilómetros de este a oeste, en lo que hoy son Paraguay, Uruguay, el noreste de Argentina, el sur de Brasil y Bolivia.

Como era de esperar, la envidia surgió en ese contexto de prosperidad. Algunas reducciones fueron desmanteladas por quienes más deberían haberse interesado por ellas: los obispos y los gobernadores civiles. Otras sucumbieron a los *bandeirantes*. Un odio inhumano los llevaba a destruir las construcciones y exterminar a los guaraníes que las habitaban, «robando y despojando las iglesias, y atando indios, matando y despedazando niños».[2] Tal fue la magnitud de la matanza y de la esclavización que, hacia 1630, el número de indígenas cautivos superaba los trescientos mil.[3]

Pero los aborígenes, pese a haber abrazado la fe, no habían perdido su beligerancia. En 1641, a orillas del río Uruguay, se libró la batalla de Mbororé. Ochocientos *bandeirantes*, armados con fusiles, aliados con seis mil indios tupíes, fueron derrotados por cuatro mil guaraníes, armados únicamente con trescientos fusiles, flechas, lanzas y hondas. Y por la guerra se hizo la paz… durante cierto tiempo.

Después de 1750, cuando las reducciones se hallaban en su apogeo, las coronas española y portuguesa, bajo pretextos territoriales o económicos, expulsaron a los jesuitas de toda la llamada «República Guaraní».

Muy pronto, la pujanza de las reducciones, a cargo de gobernadores civiles, se convirtió en un mero recuerdo. Poco después fueron abandonadas. Por último, destruidas. Hoy sólo quedan ruinas.

Los sueños de un pueblo hechos realidad

Antes de la llegada de la fe católica a América del Sur, los guaraníes vivían de una esperanza. Descendían por valles, cruzaban ríos, se abrían paso por selvas y escalaban montañas, «urgidos por una fiebre interior que les hacía olvidar el cansancio y el hambre».[4] Era el sueño de encontrar lo que llamaban *Yvy Mará He'y*: la «tierra sin mal», morada de los hombres-dioses, de la inmortalidad y de la felicidad sin fin.

Durante siglos, ésa había sido la peregrinación de los nómadas. Un día, unos sacerdotes, llegados de un mundo lejano, les trajeron el bautismo —que los convirtió en hijos de Dios, «hombres-dioses» inmortales y dignos de la morada eterna— y los llevaron a construir una sociedad despojada de primitivismo, donde el mal y el pecado no tenían cabida, pues prevalecían la virtud y la búsqueda de la santidad: una verdadera «tierra sin mal». ✣

---

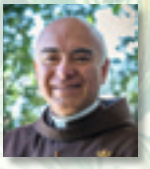
[1] El presente artículo se basa en la tesina de licenciatura canónica en Teología del mismo autor, presentada en 2025 en la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín (Colombia), titulada *«Yvy Mará He'y» (la Tierra sin Mal): la labor civilizadora y evangelizadora de los jesuitas en las reducciones del Paraguay*.

[2] Ruiz de Montoya, SJ, Antonio. *Conquista espiritual*. Bilbao: Corazón de Jesús, 1892, p. 146.

[3] Cf. Lugon, Clovis. *A república "comunista" cristã dos guaranis: 1610-1768*. 3.ª ed. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1977, pp. 63-64.

[4] Gálvez, Lucía. *Guaraníes y jesuitas. De la Tierra sin Mal al Paraíso*. Buenos Aires: Sudamericana, 1995, p. 15.

De pecadora a evangelizadora



P. Leonardo Miguel Barraza Aranda, EP

Las palabras del divino Maestro a la samaritana (cf. Jn 4, 1-42), iluminadas por el comentario de Santo Tomás de Aquino (cf. *Super Ioannem*, c. IV, lect. 3, n.º 624-630), constituyen uno de los retratos más ilustrativos de la teología joánica sobre la salvación. El acto de dejar el cántaro en el pozo de Jacob y salir corriendo a la ciudad de Sicar para anunciar a Jesús como el Mesías es un símbolo elocuente de la transformación que la gracia produce en el alma humana.

Las enseñanzas del Doctor Angélico sobre ese episodio destacan tres aspectos.

En primer lugar, la importancia del desapego de las cosas de este mundo y de sus concupiscencias. De hecho, las gracias y los dones recibidos en el encuentro con Jesús llevaron a la mujer samaritana a renunciar a su propósito de buscar agua, haciéndola anhelar únicamente ese «surtidor de agua que salta hasta la vida eterna» (Jn 4, 14). Así como los hermanos Pedro y Andrés, al igual que Santiago y Juan, dejaron sus redes al oír el llamamiento de Jesús (cf. Mt 4, 18-22), de modo análogo la samaritana abandonó su cántaro, símbolo de sus preocupaciones terrenas, para seguir a Cristo.

En segundo lugar, y como corolario de lo anterior, la samaritana no se guardó el tesoro para sí, sino que asumió el papel de fervorosa evangelizadora. Su ardor caritativo se manifestó en la iniciativa de ir al encuentro de sus compatriotas: «Se fue al pueblo y dijo a la gente…» (Jn 4, 28). Al invitarlos, actuó con sagacidad: «Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho» (Jn 4, 29), pues «sabía perfectamente que si probaban de aquella fuente, al verlo, experimentarían lo mismo que ella» (n.º 626).

Como observa Santo Tomás, no afirmó inmediatamente que Jesús era el Mesías, evitando así rechazos y reacciones precipitadas innecesarias. Con perspicacia, planteó la cuestión: «¿Será éste el Mesías?» (Jn 4, 29), y, al mismo tiempo, se refirió a hechos creíbles y notorios, siguiendo la conducta de un verdadero evangelizador al atraer a aquellas personas no hacia sí misma, sino únicamente hacia Dios.

Gustavo Kralj

Tras una sincera conversión, la samaritana pasó a ser una fervorosa evangelizadora y modelo de quienes rechazaron las ilusiones del mundo para dedicarse tan sólo a la salvación de las almas

Jesús y la samaritana – Parroquia de San Patricio, Boston (Estados Unidos)

En tercer lugar, el testimonio de la samaritana ganó en autenticidad porque nació de la humildad. Jesús reveló que conocía su vida licenciosa (cf. Jn 4, 18), y ella, lejos de resentirse, reconoció la grandeza de aquel que la llamaba al arrepentimiento. Esta actitud confirió tal fuerza a su palabra que sus oyentes llegaron a decir: «Ya no creemos por lo que tú dices; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo» (Jn 4, 42).

La mujer samaritana pasó de pecadora a fervorosa evangelizadora. Se presenta como modelo de todos aquellos que, a lo largo de la historia de la Iglesia, han rechazado las ilusiones del mundo para dedicarse exclusivamente a la salvación de las almas. Que ése sea también nuestro propósito de vida, para que, con fidelidad, podamos alcanzar la herencia eterna.

Gabrielle Bossis

«Habla conmigo, pequeña alma mía»

A través de sus coloquios con Gabrielle Bossis, Jesús se dirige también a nosotros: «No me dejéis solo en vuestros corazones».

Bruna Almeida Piva

En el mundo del espectáculo francés de las primeras décadas del siglo XX, la dramaturga y actriz Gabrielle Bossis no necesitaba presentación alguna. Su encanto, su brío y un no sé qué inefable en su personalidad ya habían conquistado al público de su tierra natal y le auguraban el éxito en el extranjero.

Gabrielle decidió dedicarse a las artes escénicas en 1923, a los 49 años, tras un primer éxito entre los jóvenes de su parroquia, cuando escribió y representó una obra de teatro. Al ver en aquel hecho una bendición de la Divina Providencia, resolvió utilizar su talento para transmitir a la sociedad, desde los escenarios, un mensaje genuinamente católico. Ideaba funciones de contenido religioso y moral, confeccionaba el vestuario e interpretaba ella misma los papeles principales.

Lejos de entregarse a la frivolidad o al mundanismo que podrían asociarse a esas actuaciones, Gabrielle hizo progresos aún mayores en su vida espiritual, como fruto de la excelente formación católica que había recibido en su infancia. Nuestro Señor Jesucristo tuvo en ella, desde niña, una humilde sierva, atenta a su divina voluntad; y fue Él quien la eligió y la preparó para actuar, a través del arte, en su obra por excelencia: la salvación de las almas.

Trato místico en medio de la vida activa

Para coronar esa noble misión, más tarde el Salvador quiso entablar coloquios místicos con ella, en los que le reveló las ternuras de su amor por los hombres.

La primera locución interior registrada por Gabrielle en su diario data del 22 de agosto de 1936. Se encontraba a bordo del transatlántico Île de France, que la llevaba junto con su compañía a Canadá, cuando el Señor se dirigió a ella. «Durante el concierto de música clásica —relata— le ofrecía, como buqués de flores, los sonidos y la dulzura que emanaban de él. Me dijo muy suavemente, como ya lo hiciera una vez: "*Ma petite fille*" —Hijita mía—».[1]

Al día siguiente, mientras montaban un altar sobre un piano, pensaba en las gaviotas y los aviones que suelen posarse en algunos barcos. Entonces oyó: «Esta vez es Cristo»,[2] en alusión a que en breve descendería Él durante la celebración de la santa misa.

A partir de entonces, Gabrielle empezó a gozar de un constante trato místico con el Redentor en medio de las vicisitudes de su existencia casi nómada, que la llevaba a ciudades de Oriente Medio, de América del Norte y de África septentrional. El historiador Daniel-Rops[3] manifestó su admiración por las dos facetas de la vida de Gabrielle: una, sonriente, dirigida al prójimo y dedicada a entretenerlo; otra, profundamente entregada a la contemplación.

Para coronar su misión, el Salvador quiso entablar coloquios con ella

Gabrielle como enfermera de la Cruz Roja, en 1917

Una vocación singular

Nacida en el seno de una familia acomodada en Nantes, en el oeste de Francia, el 26 de febrero de 1874, Gabrielle Bossis fue una niña tímida y reservada, aunque muy inclinada al trato con Dios. Esta disposición fue delicadamente alentada por el propio Salvador, como llegaría a saber años más tarde, en una locución inte-

rior: «¿Te acuerdas de que, cuando eras pequeña, te dije: “Cuéntame lo que has hecho hoy”? Pero no creíste que fuera mi voz».

En su juventud, Gabrielle superó su timidez para hacer el bien a los demás e irradiar alegría. Su retraimiento dio paso a la vivacidad, que la hacía graciosa y cautivadora, y destacó en la música, la pintura y la escultura. Sirvió como enfermera de la Cruz Roja durante la Primera Guerra Mundial, además de dedicarse a la catequesis y a la confección de ornamentos litúrgicos.

Al sentir que Dios la atraía hacia una misión singular, rechazó numerosas propuestas de matrimonio, así como la invitación de un sacerdote franciscano a hacerse monja clarisa. Con el tiempo, se hizo terciaria de la Orden de San Francisco, viviendo en el siglo el celibato, el desprendimiento y la penitencia.

En su juventud fue injustamente considerada frívola, pero sufría con paciencia en lo secreto de su corazón, soportando, según relataría, grandes padecimientos del alma. Respecto a estas pruebas, Jesús le comunicó años después: «Los demás nos juzgan, y ese juicio es erróneo, porque sólo ven lo exterior; uno se juzga a sí mismo, y de forma inexacta, porque no mira más que su interior, sin caer en la cuenta del ejemplo que da. Sólo Yo conozco exactamente cada alma».[4]

Reproducción

Lejos de entregarse a la frivolidad o al mundanismo que podrían asociarse a las actuaciones escénicas, Gabrielle hizo progresos en la vida espiritual

Gabrielle (de pie, con sombrero y vestido blancos) con su compañía de teatro, hacia 1927

Llamamiento de Jesús a las almas

En el ejercicio de su apostolado a través de las artes escénicas, Gabrielle fue aprendiendo del Señor que la intimidad con Él puede mantenerse incluso en las circunstancias más absorbentes. En un teatro de Argelia, por ejemplo, Él le preguntó: «¿Por qué me hablas como si estuviera muy lejos? Estoy muy cerca… en tu corazón».[5]

Así, a medida que su relación con Jesús se intensificaba, se convertía en un instrumento más dócil y eficaz en sus manos para transmitir a las almas un llamamiento de su Corazón: que *todos* cultivaran con Él una relación íntima y continua, basada en una tierna correspondencia a su amor infinito, un trato que es, ya en esta tierra, preludio de la felicidad celestial.

Presentándose como un «Cazador de corazones»,[6] el Señor alentó a Gabrielle a difundir su llamamiento: «Te he elegido para que des testimonio de cuán sencilla y gozosa es la vida del amor, el lenguaje del amor, la conversación del amor»; y también: «Muestra que hay que hablar conmigo. No me dejéis solo en vuestros corazones».[7]

Para divulgar más ampliamente este mensaje, Jesús le pidió que transcribiera los coloquios místicos y los publicara en un libro. De este modo, las palabras que le había dirigido llegarían a multitud de almas, convirtiéndose en fuente de copiosas gracias: «Pide que pase por este librito como pasaba antaño [por la tierra], curando y atrayendo hacia mí».[8]

El primer volumen de sus locuciones interiores se publicó de forma anónima en 1949, con un prólogo del obispo de Nantes, Mons. Jean Villepelet. La obra, actualmente disponible en varios idiomas, recibió de la autora el sugerente título de *Lui et moi* (Él y yo).

Fe, confianza y reciprocidad

A lo largo de los siete volúmenes que componen esta obra de Gabrielle, la invitación del Señor a la intimidad se repite como un estribillo: «Habla conmigo, pequeña alma mía. Habla conmigo. Y nuestros corazones se fundirán. ¿No es esa la finalidad de mis cristianos?».[9]

Un episodio muy elocuente, ocurrido durante una comida, muestra bien cuánto ansía el Salvador que las almas lo invoquen: «En el *Benedicite* yo le decía: “Amor mío, bendice mi comida”. [Él respondió:] “Sólo por haber dicho ‘Amor mío’, la bendeciré. ¿Sabes que soy más sensible que el más sensible de los hombres, y que vuestras palabras tiernas e infantiles tienen gran poder sobre mi Corazón?”».[10]

A lo largo de los siglos, el enemigo infernal ha procurado por todos los medios hacer creer a la humanidad que Dios es un ser severo y distante, más o menos atento a los acontecimientos del mundo y totalmente ajeno a la vida privada de los hombres. Durante un coloquio del 20 de marzo de 1947, Jesús le mostró a Gabrielle hasta qué punto esa mentalidad es contraria a los sentimientos de su Sagrado Corazón:

«Cuando me das una señal de amor, me llenas de gozo… ¡Si supieras! Ya no me siento como un extraño, ese "indiferente" que soy para la mayoría de los hombres… Tú, compréndeme mejor. Dime tus palabras íntimas. Las pondré como un ramillete de mirra sobre mi pecho».[11] Sin embargo, para conceder al Redentor ese consuelo, el hombre debe renunciar a buscar el progreso espiritual basándose en sus propios méritos y reconocerse como objeto de un amor gratuito. En resumen, debe dejarse amar con humildad y sencillez.

En otro pasaje, el Señor revela que nada le hiere más que la desconfianza y que la indiferencia debe ser vencida con energía: «Pero mis amigos íntimos, ¿por qué? ¿Por qué no me invocan con más vehemencia en su vida interior? ¡Si su fe estuviera menos próxima a la incredulidad! ¡Si su esperanza contara con mi auxilio! Y, simplemente, ¡si su amor me amara más! Todo su día estaría presidido por mí y, cuando llegara la noche, sus ojos volverían a cerrarse contemplando mi rostro. ¿Sabes quedarte dormida así en mis brazos? ¿Quieres aprender a hacerlo mejor? Recuerda que hay que recomenzar el esfuerzo muchas veces. Hay que intentar crecer. Hay que guardarse mucho de estar satisfecha de una misma. Pero contempla a menudo tu miseria y cuéntamela tal y como la conoces. ¡Cuánto se sentirá mi Corazón impulsado a ayudarte, puesto que serás muy pequeña, muy débil! Cuando me llames, no dejes de darme los nombres más tiernos. Reconoceré tu voz».[12]

Por último, para disipar las últimas dudas que pudieran asaltar a las almas, el Redentor dirigió a Gabrielle nuevas palabras de ánimo. Mientras ella se maravillaba de la extraordinaria rapidez con que se había agotado la primera edición de *Él y yo*, el Señor intervino:

«Atribúyelo a mi voluntad, secundada por la del Corazón Doloroso e Inmaculado de mi Madre. ¿Y sabes lo que estamos haciendo al escribir estas páginas? Estamos disipando el prejuicio de que la intimidad del alma sólo sería posible para los religiosos en el claustro, cuando, en realidad, mi Amor secreto y tierno es para toda alma que vive en este mundo. Ésta siente misteriosamente ese deseo, y tan cierto es esto que todos quieren tener el ejemplo y el medio para alcanzarlo.

»¡Ah, hija mía, qué alegría sería para mí y para ti si cada ser llegara finalmente a ser para mí un amigo fiel, una voz confiada que me llama y me ofrece su rincón más íntimo —su corazón— como mi morada habitual! ¿Crees que no provocaría en él el desbordamiento de aquellas profundidades que se habían mantenido instintivamente ocultas, a la espera de la llegada de un amigo digno de estima?

»Y cuando se comprende que Cristo, el Salvador, podría y desearía ser ese Amigo único, inefable, suplicante y agradecido; cuando se vislumbra la alegría que siente al ser acogido por su criatura —a la que una falsa humildad mantenía alejada—, entonces, en un impulso de entusiasmo enteramente nuevo, el alma consagra todo el amor de que es capaz para honrar al Dios que habita en ella».[13]

«Mi amor es, en realidad, para toda alma que vive en este mundo»

Gabrielle en su casa de Nantes (Francia)

Un mensaje siempre vivo y actual

Tras una vida de fidelidad a Dios, marcada por el amor al prójimo, iluminada por limosnas ocultas e innumerables sacrificios, fatigas y pruebas morales soportadas con alegría, Gabrielle descubrió un cáncer de pulmón en fase avanzada que, dos meses después, puso fin a su vida terrena, el 9 de junio de 1950. Su tumba se encuentra en Le Fresne-sur-Loire, donde la familia Bossis tenía una casa de veraneo.

Su mensaje de amor y confianza en Jesús, no obstante, sigue vivo y cada vez más necesario para la salvación de las almas. Que encuentre eco en nuestros corazones y transforme nuestra existencia en un acto continuo de gratitud y correspondencia a los torrentes de afecto que Dios nos prodiga a cada instante. ✣

---

[1] Bossis, Gabrielle. *Lui et moi. Entretiens spirituels*. Paris: Beauchesne, 1983-1999, t. I, p. 27.

[2] *Ibid.*

[3] Cf. Daniel-Rops, Henri. «Préface». *In*: Bossis, *op. cit.*, t. II, p. 9.

[4] Bossis, *op. cit.*, t. III, p. 41.

[5] *Ibid.*, t. I, p. 38.

[6] *Ibid.*, t. III, p. 46.

[7] *Ibid.*, t. I, p. 22.

[8] *Ibid.*, t. II, p. 139.

[9] *Ibid.*, t. IV, p. 21.

[10] *Ibid.*, t. II, p. 64.

[11] *Ibid.*, p. 133.

[12] *Ibid.*, t. IV, pp. 21-22.

[13] *Ibid.*, t. V, p. 83.

Testimonio auténtico y fiel

Catecismo de la Iglesia Católica

§2044 La fidelidad de los bautizados es una condición primordial para el anuncio del Evangelio y para la misión de la Iglesia en el mundo. Para manifestar ante los hombres su fuerza de verdad y de irradiación, el mensaje de la salvación debe ser autentificado por el testimonio de vida de los cristianos. «El mismo testimonio de la vida cristiana y las obras buenas realizadas con espíritu sobrenatural son eficaces para atraer a los hombres a la fe y a Dios».

Este párrafo nos lleva a reflexionar sobre un punto esencial en la vida de la Iglesia: los éxitos apostólicos no se apoyan en técnicas, estrategias o talentos humanos, sino en la acción de la gracia en el alma del apóstol que, fiel a su configuración con Jesucristo por el bautismo, cumple su misión.

En este contexto, surge una pregunta: ¿cuál es la misión de la Iglesia? El propio *Catecismo* responde: su misión consiste fundamentalmente en evangelizar y ser sacramento universal de salvación[1] y, al mismo tiempo, «el signo y el instrumento de la comunión con Dios y entre los hombres».[2] Por lo tanto, el «mensaje de la salvación» sólo se hace perceptible a los hombres cuando está corroborado por el «testimonio de vida».

Por el contrario, nada hay más perjudicial para el «anuncio del Evangelio» y la «misión de la Iglesia» que la infidelidad del apóstol, ya sea por palabras o por comportamientos discordantes con la fe y la moral. Un árbol dañado no puede dar frutos buenos (cf. Mt 7, 18).

Estas enseñanzas se fundamentan en el decreto *Apostolicam actuositatem* del Concilio Vaticano II, en el que se subraya que «las buenas obras realizadas con espíritu sobrenatural», es decir, bajo la moción de la gracia, «son eficaces para atraer a los hombres a la fe y a Dios». Este tema se explica ampliamente en el libro *El alma de todo apostolado*, del abad trapense Dom Jean-Baptiste Chautard.

En él se demuestra que ninguna obra apostólica es verdaderamente fecunda cuando carece de vida interior y de la consiguiente unión con Dios y devoción a la Virgen María. Quien se lanza a la evangelización sin el soporte de la gracia y de las virtudes recibe como consecuencia la esterilidad.

Como remedio para este gran mal, Dom Chautard indica tres puntos esenciales. 1. El apostolado debe ser el desbordamiento natural de la oración, de la unión del apóstol con Dios. 2. El peligro de la ilusión del activismo: el apóstol que se agota en obras externas, sin vida interior, se vuelve superficial y pone en riesgo su propia alma. 3. El equilibrio perfecto consiste en cultivar la vida interior, sin descuidar el trabajo por la salvación de las almas. En resumen, «el Dios de las obras no debe ser abandonado por las obras de Dios».[3]

El modelo perfecto de ese vínculo armonioso entre la oración y la acción fue Nuestro Señor Jesucristo, que a menudo se retiraba a rezar y actuaba con eficacia en la sociedad. Pidamos a María Santísima, Reina de los Apóstoles, la gracia de tener una eximia vida interior y así ser fieles a nuestra vocación de bautizados al dar testimonio de Dios en este mundo. ✣

Francisco Lecaros

Los éxitos apostólicos se apoyan en la acción de la gracia en el alma del apóstol, que cumple su misión dando testimonio con su vida del mensaje de la salvación que predica con sus labios

Predicación de San Pablo en Cesarea, de Alexandre Cabanel - Museo Fabre, Montpellier (Francia)

---

[1] Cf. CCE 849.

[2] CCE 780.

[3] Chautard, OCSO, Jean-Baptiste. *El alma de todo apostolado*. Sevilla: Apostolado Mariano, 1984, p. 29.

Archivo Revista

El apóstol de China

Atraer a la fe católica a uno de los mayores imperios paganos fue el desafío gigantesco de un jesuita. ¿Habrá cumplido su misión?

Hna. Michelle Tzu Yin Su

Un jovencito italiano, perteneciente a una familia aristocrática, albergaba en su corazón un sueño bastante insólito. ¡Anhelaba nada menos que conquistar China para el Señor! Poblaban sus pensamientos aquel vasto y misterioso imperio, así como los rasgos de los simpáticos chinos, a los que quizá sólo habría visto en grabados…

El Altísimo, que desde su morada celestial le inspiraba esos deseos como preparación para el futuro, también se encargaría de hacerlos realidad.

Sacerdotes jesuitas parten en misión

Matteo Ricci nació el 6 de octubre de 1552. Desde temprana edad aspiraba a ser misionero y, a los 18 años, ingresó en la aún joven Compañía de Jesús. Poco después recibió la grata noticia: él y otros trece compañeros —entre ellos el también jesuita italiano P. Michele Ruggieri, de quien hablaremos más adelante— habían sido autorizados a partir en misión a Asia.[1]

En mayo de 1577, los nuevos misioneros recibieron la bendición del papa Gregorio XIII y, tras pasar unos meses en el colegio jesuita de Portugal a la espera de un barco, el 24 de marzo del año siguiente zarparon rumbo a las Indias Orientales.

Ricci completó sus estudios teológicos en Goa y, en 1580, fue ordenado sacerdote en la ciudad de Cochin, adonde había sido enviado por motivos de salud. Tras regresar a Goa, en abril de 1582 recibió la orden de marchar a la colonia portuguesa de Macao, donde, en compañía del P. Ruggieri, que ya se encontraba allí, se prepararía para la evangelización del país aprendiendo la lengua china y familiarizándose con la cultura local.

Primeros éxitos, con persecuciones

Conocida entonces como el Imperio del Centro, China tenía fama de ser un territorio inmenso y misterioso. Para entrar en el país, Ricci y sus compañeros decidieron primero adaptar su apariencia: se afeitaron la barba y se raparon la cabeza, y sustituyeron la sotana negra por una túnica gris que recordaba a las que llevaban los bonzos budistas. Así, se presentaron como «monjes occidentales».

Poco a poco, el apostolado de los jesuitas comenzó a dar sus frutos. El gobernador de la ciudad de Zhaoqing, Wang P'an, les dio a los «adoradores del Señor del Cielo» —como se les conocía— permiso para construir una casa y una capilla.

Como era de esperar, el suceso provocó el odio y los embustes del enemigo infernal. Un accidente en el que se vio involucrado un niño —que al parecer se había caído de un muro mientras observaba la capilla— acabó generando falsas acusaciones de secuestro. Los sacerdotes tuvieron que comparecer ante Wang P'an para ser juzgados. El P. Matteo Ricci, por su parte, se defendió hábilmente y terminó ganando el caso.

Sin embargo, aunque los jesuitas salieron victoriosos de esa batalla, la guerra contra ellos persistía. Eran tantos los obstáculos para el apostolado de los ignacianos que en dos años sólo veinte personas se habían convertido al cristianismo…

Dos compañeros se marchan…

El P. Matteo Ricci se enfrentó a nuevas pruebas. En 1588, llegó desde Europa una orden que disponía el regreso del P. Michele Ruggieri a Italia. Ricci perdería así a un importante compañero de misión, con quien había compartido los primeros años de su arduo apostolado.

El P. Ruggieri es recordado como uno de los principales evangelizado-

res de China, en buena medida por los diversos libros que publicó durante la misión. No obstante, siempre tuvo muchas dificultades con el idioma local, mientras que el P. Ricci dominaba mejor la lengua hablada y escrita; por ello, desempeñó un papel discreto, pero imprescindible, en la redacción de aquellos textos.

Para sustituirlo, fue enviado el portugués P. António de Almeida, que enfermó y falleció poco tiempo después, a los 34 años. Su funeral, celebrado con la solemnidad y los honores propios de la veneración de los antepasados, tan apreciada por los chinos, generó gran conmoción e incluso conversiones.

Cambio de táctica

Tras establecer el P. Ricci su residencia en la ciudad de Shaozhou, un día un joven erudito llamado K'iu T'ai-sou, que había abandonado su carrera para estudiar el confucianismo —el sistema de ideas de Confucio (551–479 a. C.) que valora la armonía social, el respeto a los mayores, los ritos y los deberes familiares, además de virtudes como la justicia—, le pidió ser su discípulo, sobre todo con la intención de aprender los misterios de la alquimia.

El jesuita, que había llevado consigo muchos conocimientos de Occidente, aceptó sin mucho entusiasmo; pero, con el paso del tiempo, el propio alumno se acercó a la religión y acabó convirtiéndose a la Iglesia católica, pasando a ser un fiel seguidor del P. Ricci.

K'iu T'ai-sou aconsejó a su maestro que se diferenciara de los bonzos budistas —que, aunque respetados, eran mal vistos debido a la decadencia de algunos— y que se aproximara a los sabios. Ricci se mostró algo reacio, pero, pensando en los frutos apostólicos que podría obtener, finalmente accedió. Sustituyó la túnica gris por una vestimenta de seda azul oscuro, se dejó crecer la barba y el cabello, y empezó a usar el característico sombrero negro. La transformación no se limitó a su indumentaria; a partir de esa época, comenzó a firmar como Li Madou, una adaptación de su nombre al chino, a la que antepuso el apellido de una antigua familia del país.

Ese giro fue decisivo: en su interacción con el confucianismo, Ricci encontró una base que le permitió explicar las verdades de la fe con mayor aceptación entre los eruditos, aumentando así el número de conversiones.

«Yo soy Dios»

A pesar de esos consuelos, el apostolado avanzaba a paso lento. Si todo aquel trabajo no buscaba sino la gloria de Dios, ¿por qué permitía el Señor semejantes dificultades?

Durante un viaje fluvial rumbo a Pekín, con el propósito de reunirse con el emperador, el P. Ricci contemplaba el paisaje, absorto en anhelos e incertidumbres, cuando una mano le tocó el hombro y una voz se hizo oír:

—¿Así que quieres recorrer este país y abolir la antigua religión para introducir una nueva?

Reproducción

Ese giro fue decisivo: en su interacción con el confucianismo, Ricci encontró una base que le permitió explicar las verdades de la fe con mayor aceptación entre los eruditos, aumentando así el número de conversiones

«La alianza cultural entre Matteo Ricci y Xu Guangqi» - Museo de China, Shanghái (China). En la página anterior, Matteo Ricci

Sobresaltado, se volvió hacia quien lo sujetaba y le preguntó:

—¡Vos conocéis mi secreto! ¿Sois Dios o el demonio?

—¡Yo soy Dios!

El P. Ricci cayó de rodillas y exclamó:

—Señor, si Vos conocéis mis deseos, ¿por qué no me ayudáis?

Sin pronunciar palabra, el Altísimo hizo que el jesuita se volviera hacia adelante y le mostró una visión: un deslumbrante portal, flanqueado por altas torres, y unos arbustos que cubrían las orillas de un río. Ricci advirtió que se trataba de una gracia que le anunciaba que aquel sería el lugar donde su misión alcanzaría el éxito.

Poco tiempo después, por motivos de salud, se vio obligado a ir a Nankín, literalmente *capital del sur*. Cuando llegó a la entrada de la ciudad, no daba crédito a lo que veían sus ojos: ¡reconoció el mismo portal de la visión! Por inspiración divina, comprendió que a partir de ahí Dios cumpliría su promesa, aunque hasta entonces no contaba más que con un discípulo.

Un debate con monjes budistas

En Nankín, muchos ya conocían a Ricci y no se extrañaron de su cambio de apariencia, pues lo reconocían como un erudito. Aun así, hubo de afrontar controversias, como la que mantuvo con Li-Pen-kiou, un renombrado sabio budista de 74 años, acompañado por el célebre Houang-San-hui y otros veinticinco bonzos.

El anciano invitó al P. Matteo Ricci a un banquete en su residencia y, durante la comida, propuso un debate sobre religión. El episodio recordó los diálogos bíblicos entre Jesús y los doctores de la ley: en un intento por desacreditar públicamente al jesuita, los monjes no consiguieron rebatir sus argumentos y se retiraron humillados tras ocho horas de discusión.

Hubo también ocasiones similares en las que, por la protección divina y la inspiración del Espíritu Santo, el P. Ricci salió siempre victorioso. Así, su fama fue creciendo y brindó a los mandarines la oportunidad de abrazar la verdadera fe.

Sin embargo, aún no había alcanzado su principal objetivo: entrar en la Ciudad Prohibida —conjunto de edificios del palacio imperial, situado en el centro de Pekín, al que ningún extranjero había accedido hasta entonces— y hablar con el emperador.

Con un reloj de cuerda, al palacio imperial

Matteo Ricci no sólo era inteligente, sino también muy sagaz para llevar adelante sus propósitos. Pidió entonces al rey Felipe II de España varios regalos, que le servirían de pretexto para llegar hasta el soberano chino.

Tras iniciar sus gestiones, el P. Matteo Ricci y su compañero, un sacerdote español llamado Diego Pantoja, fueron detenidos durante casi un año, víctimas de la envidia de un eunuco. No obstante, gracias a la intervención de amigos, finalmente pudieron entregar los obsequios al emperador, quien se los agradeció por medio de una carta.

Entre los objetos regalados, había uno especial. Con perspicacia, el P. Ricci ideó una estratagema para asegurarse una nueva audiencia con el emperador: consciente de la fascinación china por el cómputo del tiempo, le ofreció al monarca un valioso reloj de cuerda, pero

Fotos: Reproducción

Por la protección divina y la inspiración del Espíritu Santo, el P. Ricci salió siempre victorioso. Así, su fama fue creciendo y brindó a los mandarines la oportunidad de abrazar la verdadera fe

Arriba, el primer mapamundi chino, confeccionado por Matteo Ricci y sus colaboradores - Biblioteca Nacional de China; a la izquierda, versión en chino de «Los elementos de Euclides», traducida por el misionero, y manuscrito del diccionario portugués-chino, preparado por el P. Ricci y el P. Ruggieri

DrM4ng0 (CC by-sa 4.0)

Reproducción

Los planes del P. Ricci, inspirados por la gracia, surtieron efecto. El emperador quedó tan impresionado con el obsequio de los padres jesuitas que deseó conocerlos personalmente

Vista panorámica de la actual Ciudad Prohibida, en Pekín; a la derecha, el emperador Wanli, que recibió a los misioneros en su palacio.

ajustado para que funcionara solamente un día… Cuando el reloj se detuvo, como por encanto, el propio emperador solicitó que Ricci regresara al palacio para que «reparara» el mecanismo.

Los planes, inspirados por la gracia, surtieron efecto. El emperador quedó tan impresionado con el regalo que deseó conocer personalmente a los jesuitas. La curiosidad del monarca por Occidente, sus costumbres, edificios y paisajes era tan grande que les pidió a los sacerdotes que le pintaran algunas escenas europeas.

Estos acontecimientos impulsaron el apostolado de los misioneros y permitieron que el cristianismo arraigara en el Imperio del Centro. Se erigieron iglesias y se fundaron varias casas jesuitas, destinadas tanto a los hijos de San Ignacio procedentes de Europa como a los nuevos jesuitas chinos. Para documentar la misión, el P. Matteo Ricci redactó en su lengua materna la obra *Della entrata della Compagnia di Giesù e Christianità nella Cina*.

Últimos años de vida

A los 56 años, el P. Matteo Ricci mostraba ya encanecidos el cabello y la barba; su rostro reflejaba los inmensos sacrificios realizados. Incansable, nunca dejó pasar la oportunidad de hacer el bien a las almas, dedicándose por completo a Dios sin importarle el peso de la edad, el cansancio ni las enfermedades.

Finalmente, el 11 de mayo de 1610 pronunció sus últimas palabras, que resultaron ser una verdadera profecía: «Os dejo ante una puerta abierta a grandes méritos, pero no sin muchos peligros y tribulaciones». Su muerte despertó el respeto de los chinos y, para sorpresa general, el emperador permitió que fuera enterrado en Pekín, algo que estaba terminantemente prohibido a los extranjeros.

¡La Iglesia católica triunfó en China!

Al repasar brevemente la vida del P. Matteo Ricci y considerar, por un instante, la realidad actual de China, puede asaltarnos una pregunta: «La historia es muy bonita, pero ¿en qué quedó todo eso? China nunca ha llegado a ser realmente un país cristiano…».

En efecto, todo ese esfuerzo parece no haber dado los frutos con los que se soñaba al inicio de ese apostolado, a menos que analicemos la historia desde la perspectiva de Dios. Para Él, el valor del sacrificio apostólico del P. Matteo Ricci —así como el de las almas salvadas por su mediación— es incalculable, pues constituye el cumplimiento de la voluntad divina respecto a él. Por tanto, la fidelidad de estos pocos resulta, a los ojos del Señor, más valiosa que el rechazo de aquellos que no creyeron.

Además, ¿quién sabe si, en el futuro, China no se convertirá en hija de la Santa Iglesia Católica por obra de nuevos misioneros? Quizá la Providencia sólo esté esperando el momento oportuno para derramar torrentes de gracias nuevas sobre el Imperio del Centro, cosechando los frutos del sacrificio de quienes, en el pasado, se entregaron sin llegar a contemplar el florecimiento de su apostolado.

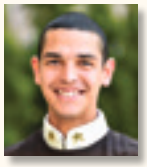
Sin vacilar, podemos afirmar que la fe católica sí triunfó en suelo chino por el sacrificio de quienes allí vivieron con valentía conforme al célebre lema jesuita: *Ad maiorem Dei gloriam*. ✣

---

[1] Los datos históricos y biográficos que figuran en el presente artículo han sido tomados de las siguientes obras: Cronin, Vincent. *Matteo Ricci. Le sage venu de l'Occident*. Paris: Albin Michel, 2011; Spence, Jonathan Dermot. *O palácio da memória de Matteo Ricci*. São Paulo: Companhia das Letras, 1986; Füllöp-Miller, René. *Os jesuítas: seus segredos e seu poder*. Porto Alegre: Globo, 1946.

La esperanza y el desaliento se baten en el Atlántico

El descubrimiento de América es, paradójicamente, muy famoso y, a la vez, muy poco comprendido en sus detalles. Cuando lo analizamos de cerca, constatamos que estuvo precedido por un mar de incertidumbres y desmentidos.



José Arturo Peralta Concepción

La toma de Granada, en enero de 1492, fue el último acto de la Reconquista española. Tras ocho siglos de guerra, parecería que había llegado el momento de descansar.[1]

Parecería… si un navegante genovés, en ese mismo mes de enero, no se hubiera presentado ante la corte de los Reyes Católicos, Fernando II e Isabel, para proponer un audaz plan: navegar hasta la India por una nueva y potencialmente lucrativa ruta. Su nombre era Cristóbal Colón.

Al principio, su propuesta fue rechazada. Más tarde, tras una respetuosa discusión, los soberanos se interesaron por la empresa. El único obstáculo consistía en que, al término de una guerra tan larga, no quedaba suficiente oro para costear un viaje de semejante envergadura. Sin embargo, Luis de Santángel, tesorero real, intervino y convenció a los monarcas para que adelantaran los fondos necesarios. Era un riesgo, ¡y de los grandes!

Los reyes aprobaron los planes de Colón y le concedieron todo cuanto podían para que emprendiera el viaje… salvo quienes habrían de acompañarlo. El navegante tuvo que reclutar marineros de entre los presos, prometiéndoles que, por favor regio, recobrarían la libertad. Si regresaban con vida, claro… Varios reclusos aceptaron la propuesta. No eran precisamente la flor y nata de la sociedad; pero ¿quién más querría embarcarse en una misión tan arriesgada?

Una vez reunidos el comandante, los barcos y la tripulación, todo estaba listo.

La aventura comenzaba…

El inmenso desconocido

Colón estaba a punto de acometer la empresa más importante de su vida y de protagonizar una de las mayores epopeyas de la historia. Una aventura por el caprichoso mar, rumbo al misterio, a través de una ruta ni siquiera surcada por la vana imaginación humana.

¿Llegaría a la tan esperada India? Nadie lo sabía. No obstante, las posibles consecuencias eran evidentes: la muerte en medio de lo desconocido, la vergüenza ante sus contemporáneos o una gloria que atravesaría los siglos.

El 3 de agosto de 1492, el comandante dio la orden de hacerse a la mar. La Santa María, la Pinta y la Niña, las tres garbosas naves, impulsadas por la fresca brisa matutina, desplegaron una a una las velas, en las que la cruz triunfante abría sus brazos caritativos. Sin duda, era un día grandioso en la vida de Colón.

Al principio, la propuesta de Colón fue rechazada. Más tarde, los soberanos españoles se interesaron por la empresa

Colón ante los reyes de España, de Emanuel Leutze - Museo de Brooklyn, Nueva York

Reproducción

Zarparon. A medida que el puerto quedaba atrás, todo se convertía en agua. Soplaba el mejor de los vientos, y los tres barcos parecían cisnes de roble navegando con elegancia por las hasta entonces tranquilas corrientes del Atlántico. A bordo reinaban una profunda calma y una inmensa esperanza.

En los primeros días, Colón comenzó a pensar en la magnitud de su conquista, en lo que conseguiría si salía victorioso y en lo que jamás tendría si resultaba derrotado por el insidioso enemigo al que llaman mar. Sabía que en aquel momento podía estar haciéndose realidad todo cuanto anhelaba… y también cuanto temía.

Archivo Revista

Reproducción

Colón estaba a punto de iniciar la empresa de su vida y una de las mayores aventuras de la historia, siguiendo una ruta desconocida

Primer viaje de Colón a América; destacado, el retrato del navegante genovés, de José de la Vega Marrugal - Ayuntamiento de Sevilla (España)

Esperaba que la Providencia no lo defraudara. Confiaba además en la veracidad de los relatos acerca de Oriente, es decir, en las descripciones del explorador veneciano Marco Polo y en las fantásticas narraciones de Juan de Mandeville.

La tragedia llama a la puerta

Unos días después, Colón recibió la noticia de que el timón de la Pinta se había roto y que su reparación se prolongaría. Se vio entonces en la necesidad —concluyen algunos historiadores— de hacer escala en las islas Canarias. Es cierto que quiso buscar otra carabela para sustituir la dañada, pero, al no encontrar ninguna, tuvo que conformarse con la pequeña embarcación y con el tiempo que llevaría repararla. Su ardiente deseo de llegar a la India habría de someterse a un mes de espera en tierra. Tras ese retraso, zarparon de nuevo rumbo al oeste, pese al viento desfavorable.

Muchos marineros sentían el corazón oprimido, pues se enfrentaban a una situación sin precedentes: ignoraban por completo dónde se hallaban y cuánto tardarían en avistar tierra.

Fue entonces cuando Colón intentó aliviar la tensión con promesas basadas en estimaciones: hablaba de las distancias que, según él, aún faltaban por recorrer para alcanzar el destino. Pero los devaneos no sacian a nadie: «Mientras recorrían millas y más millas y transcurrían días y más días sobre el mar interminable, la obsesión por vislumbrar la tierra de promisión se hacía cada vez más impetuosa».[2]

Por eso, cualquier indicio de la proximidad de tierra firme —aves, vegetación flotando en el agua— provocaba una auténtica oleada de entusiasmo… que pronto se disipaba. Vagaban por un infinito desierto de agua.

Cuando las provisiones y la certeza se fueron agotando, la revuelta se volvió inevitable. La tripulación, compuesta por exprisioneros, carecía de la disciplina exigida en tales circunstancias…

Colón tuvo que actuar con firmeza contra la sublevación que se estaba gestando. Reunió a los marineros y les recordó todos los beneficios que recibirían al arribar a su destino. Intentó además convencerlos de que estaban ya muy cerca, aunque, en la práctica, sólo se encontraban a medio camino. Para mitigar el conflicto, amenazó incluso con tomar medidas severas contra los amotinados.

¿Qué más cabía esperar?

Los nervios de Colón no estaban menos tensos que los del resto de la tripulación. La larga espera era desalentadora, y las dudas no dejaban de aflorar en su espíritu.

¿Encontrarían realmente tierra? ¿Y si la «tierra prometida» no fuera más que un mito? Y si todo no fuera más que un engaño, ¿qué hacer con toda aquella gente? ¿Cómo regresar si estuvieran demasiado lejos del puerto? Y con el agua y las provisiones cada vez más escasas, ¿cómo evitar un final trágico?

Amargado por tales pensamientos, el 25 de septiembre Colón llamó a Alonso Pinzón, comandante de la carabela Pinta, y le preguntó si, a juzgar por el mapa, no deberían haber divisado tierra ya. Pinzón asintió… Aun así, ninguno de los dos se atrevió a comentar el asunto. La situación era, sin duda, muy grave.

La única salvación era un milagro.

Reproducción

Cuando la muerte, armada con sed, hambre y peste, cercaba a los conquistadores, cuando todo parecía perdido, surgió la victoria como un géiser

Desembarco de Cristóbal Colón en América,
de John Vanderlyn - Capitolio de los Estados Unidos, Washington, D. C.

¡¿Tierra a la vista?!

Al atardecer de aquel mismo día de septiembre, desde la popa, Pinzón gritó que había avistado tierra. Al oír la noticia, muchos subieron a los mástiles para divisarla mejor. Otros gritaban y reían de alegría. Algunos caían de rodillas y rezaban a Dios en acción de gracias.

El almirante dio órdenes de navegar en la dirección indicada por Pinzón. Tras recorrer más de quince leguas, descubrieron que, en realidad, habían sido engañados por un espejismo.

El desánimo terminó apoderándose de los navegantes. Continuaron el viaje, sí, pero fueron perdiendo una a una las esperanzas de encontrar algún mísero pedazo de tierra. Colón, a pesar de todo, se mantenía firme y confiado.

Poco después, en medio del desaliento general ante la muerte inminente, resonó un cañonazo ensordecedor que los sacó de su letargo interior: una nueva señal de que habían avistado tierra. Izaron la bandera y volvieron a movilizarse como la vez anterior, en busca de aquello que tanto anhelaban.

Nueva frustración…

Victoria inesperada

Fuera como fuese, tal vez no estuvieran tan lejos de un puerto seguro. Día y noche avistaban aves en vuelo, cuya presencia indicaba la proximidad de tierra e infundía así un poco de ánimo a Colón.

La noche del 11 de octubre, después de que la tripulación cantara el *Salve Regina*, como de costumbre, el explorador genovés reunió a todos y, al dirigirles la palabra, dio gracias a Dios por la protección que habían recibido durante la travesía y por la «India» que con tanta ansia esperaban encontrar. Así pues, quiso pasar la noche en vigilia.

Dos horas antes de la medianoche, un marinero creyó distinguir una forma que se movía en el horizonte. Sin embargo, no se atrevió a decir nada para evitar falsas alarmas. Al amanecer, divisó aquello que tanto había esperado y que confirmó todas sus certezas.

¡Tierra a la vista! ¡La firme y bendita tierra con la que tanto habían soñado! ¡Estaban a salvo! Todos exultaban de alegría, cantando el *Te Deum* a pleno pulmón.

Así, después de tantos infortunios, un nuevo mundo se abría ante sus ojos: las Américas.

Era el comienzo de una nueva epopeya.

Cuando todo parecía perdido…

El descubrimiento de América es, paradójicamente, muy famoso y, a la vez, muy poco comprendido en sus detalles. La navegación emprendida por Colón no consistió únicamente en cruzar el Atlántico: entrañó también un largo mar de pruebas, incertidumbres y desmentidos, al cabo del cual los aguardaba un triunfo revestido de particular belleza, porque «cuando la victoria esperada llega, es muy hermoso —comentaba el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira—, pero cuando la victoria inesperada llega, es más hermoso todavía».[3]

He aquí la admirable aventura de los descubridores de América. A pesar de los reveses e incluso de las sublevaciones, supieron perseverar día tras día, vislumbrando más allá de cada ola la tierra anhelada. Cuando la muerte, armada con sed, hambre y peste, los cercaba, «cuando todo parecía perdido, surgió la victoria como un géiser».[4]

He aquí la historia de aquellos que se lanzan a lo desconocido en busca de un ideal. Pues ése es el modo divino de escribir las gestas que, como la de Colón, alteran la faz de la tierra: cuanto mayor es el océano que hay que atravesar, mayores tienden a ser las tempestades; y cuanto mayor es la esperanza que el héroe alimenta, mayor es también el esplendor del encuentro final. ✣

---

[1] La información histórica contenida en este artículo ha sido tomada de las siguientes obras: Azcona, OFMCap, Tarsicio de. *Isabel la Católica. Estudio crítico de su vida y su reinado*. Madrid: BAC, 1964; Baker, Nina Brown. *Cristóvão Colombo*. Porto: Civilização, 1962; Irving, Washington. *Crónica de la conquista de Granada*. Granada: Miguel Sánchez, 1987; Madariaga, Salvador de. *Cristóvão Colombo*. Rio de Janeiro: Vecchi, 1944; Schneider, Otto. *Cristóvão Colombo*. São Paulo: Melhoramentos, [s. d.]; Walsh, William Thomas. *Isabel la Cruzada*. 4.ª ed. Madrid: Espasa-Calpe, 1963.

[2] Schneider, *op. cit.*, p. 59.

[3] Corrêa de Oliveira, Plinio. *Charla*. São Paulo, 10/8/1991.

[4] *Ibid.*

... qué significa la palabra «amén»?

La palabra *amén*, derivada de la raíz hebrea אמן (*'mn*), está relacionada con la idea de firmeza, verdad, seguridad y confianza.

En el libro del Deuteronomio, por ejemplo, Moisés exhorta al pueblo a responder «amén» (27, 15-26) a las maldiciones pronunciadas contra quienes violen la ley de Dios, manifestando así su acatamiento a la justicia divina. Por su parte, el profeta Jeremías responde «Amén, Señor» (Jer 11, 5) al aceptar una orden del Altísimo. El término aparece en numerosas ocasiones en los escritos de la Antigua Alianza.

Los evangelistas conservan la palabra en su forma griega —ἀμήν (*amén*)—, traducida generalmente como *en verdad*. Con toda la fuerza de su autoridad, Jesús la emplea al comienzo de sus solemnes declaraciones. En el Evangelio de San Juan llega incluso a repetir el término para dar énfasis a la revelación: «En verdad, en verdad [*amén amén*] os digo: antes de que Abrahán existiera, yo soy» (Jn 8, 58). Nuestro Señor utiliza esa expresión para dar testimonio de que algo merece confianza y pleno crédito. Así, el Apocalipsis lo llama «el Amén», pues Él es «el testigo fiel y veraz» (Ap 3, 14).

Reproducción

Primera bendición «Urbi et orbi» de León XIV, 8/5/2025

En la liturgia, el término adquiere un nuevo esplendor. A lo largo de la santa misa, los fieles lo pronuncian varias veces como profesión de fe. Al recibir la sagrada eucaristía, por ejemplo, el «amén» expresa la creencia en la presencia real después de que el ministro proclama: «El Cuerpo de Cristo». Por último, esta palabra cierra y confirma nuestras oraciones, manifestando confianza en Dios y adhesión a sus designios.

¡Ojalá nuestra vida sea también un constante «amén», que dé testimonio de nuestra total adhesión a la Santa Iglesia! ✣

... que algunos hábitos religiosos fueron elegidos por la Santísima Virgen?

Viernes Santo de 1239. Siete hombres se encontraban reunidos cuando, en un éxtasis místico, tuvieron una visión de Nuestra Señora. Aunque resplandecía con una incomparable hermosura, la Virgen manifestaba una profunda tristeza. Con lágrimas en los ojos, vestía un hábito religioso del color del luto. Numerosos ángeles la rodeaban: algunos portaban emblemas de la Pasión; otro sostenía un pergamino con las palabras *Siervos de María*.

Extasiados, los predilectos escucharon lo que Nuestra Señora tenía que decirles: «Mirad el hábito que debéis llevar de ahora en adelante. Su color negro indica los dolores que experimenté, especialmente en este día, por la muerte de mi único Hijo divino». La Madre del Redentor desapareció, dejando establecidos el hábito y la misión de la Orden de los Servitas.

Ésta es sólo una de las muchas historias similares de la Edad Media. En efecto, de manera muy parecida a la del episodio narrado anteriormente, nacieron los hábitos de los premonstratenses y de los mercedarios, así como la cogulla blanca de los cistercienses y el escapulario de los carmelitas y de los dominicos.

De este modo, la Santísima Virgen, además de establecer un vínculo con esas órdenes religiosas, también señaló cuán indispensable es, para quien entra al servicio de Dios, el uso de una vestimenta adecuada.

Si bien es cierto que «el hábito no hace al monje», también resulta evidente que el hábito, cuando lo lleva un religioso fiel a su vocación, alienta a los vacilantes, invita a la conversión a quienes se abren a la gracia y es «signo de contradicción» (Lc 2, 34) para los incrédulos. ✣

Francisco Lecaros

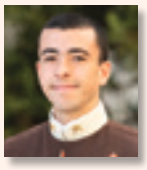
Nuestra Señora entrega el hábito de la Orden de los Servitas a los siete fundadores - Iglesia de Nuestra Señora de los Dolores, Córdoba (España)

San Pedro de Alcántara – 18 de octubre

Sergio Hollmann

Santidad heroica o heroísmo en la santidad...

Hombre de carne y hueso, pero capaz de volar, de obrar milagros y mortificar su cuerpo con implacables penitencias… ¿Cuál de sus ejemplos podremos imitar?



Thiago Resende Barbosa

Todo santo es un héroe, ¡pero no «súper»!… Es necesario afirmarlo al comienzo de este artículo, en el que nos proponemos hablar de la vida de San Pedro de Alcántara, porque los hombres de nuestro siglo están inconscientemente acostumbrados a concebir las grandes hazañas como se presentan en las películas de Hollywood: un personaje por encima de la media, al que todo le sale bien y que culmina su epopeya con una enorme sonrisa acompañada del famoso final feliz.

Lo más curioso es que, en no pocas ocasiones, ese superhéroe se ve envuelto en situaciones dramáticas en las que se revela en él una fuerza inédita, superior a la de los demás seres humanos, que le permite realizar proezas sumamente dolorosas… sin sufrir en absoluto.

Ésa es una visión errónea y peligrosa, sin duda; pero, por desgracia, muy extendida, incluso en círculos católicos…

Partiendo de estos supuestos, será más fácil comprender que cuando, en el año 1499, se anunció el nacimiento de un niño en el pueblo de Alcántara (España), no se trataba de un superhéroe, sino de un hijo de Adán, débil y pecador como tantos otros que allí venían al mundo. Sin embargo, este recién nacido, auxiliado por la gracia y coronado por innumerables sufrimientos, se convertiría en un gran santo.

El niño, el joven y el estudiante

El nombre de este recién nacido era Juan. Y, si bien es verdad que viviría en el mismo siglo que el célebre Juan de Austria, el victorioso general de la batalla de Lepanto, no es menos cierto que, a su manera, rivalizó con él en heroicidad.

Juan de Garavito y Vilela de Sanabria era hijo de nobles católicos, que supieron educarle en la fe desde su infancia. Esa formación fue de un valor inconmensurable, pues el pequeño hidalgo creció no sólo en edad, sino también en gracia y en sanas convicciones. No obstante, su padre falleció siendo aún muy joven.

Ya en su juventud, Juan ingresó en la Universidad de Salamanca. Allí, ajeno a las diversiones habituales entre los jóvenes de aquella época, el entretenimiento del estudiante era estar ante el Santísimo Sacramento. En esos coloquios silenciosos, una incertidumbre lo atormentaba: ¿qué carrera seguir? Se sentía llamado al sacerdocio; pero ¿sería religioso o secular? La vida conventual le atraía mucho; sin embargo, como a cualquier ser humano, las glorias del mundo lo seducían.

Aunque consultó a muchos santos varones sobre el asunto, ninguno de ellos logró apaciguar su espíritu. Mientras tanto, regresó a Alcántara para las vacaciones de verano.

Dios, por fin, responde a sus preguntas

Un día, de nuevo al pie del sagrario, Juan rezaba. Quizá le preguntaba al Señor qué rumbo deseaba para su vida. Al mirar a su alrededor, vio a dos religiosos descalzos, vestidos con un hábito marrón y ceñidos con una cuerda de tres nudos. Cualquiera los habría tomado por simples franciscanos. Para Juan, no obstante, eran la respuesta de Dios.

Movido por aquel soplo de la gracia, el joven estudiante se acercó a los frailes y, abriendo su conciencia, descargó el peso que lo oprimía.

«*Deus qui ponit pondus, supponit manum*»,[1] reza el adagio latino. Entre los que escuchaban esa confidencia se

encontraba el P. Francisco Fregenal, superior de una comunidad franciscana. Por tanto, era precisamente la persona que podía tenderle la mano y acogerlo en el lugar que la Providencia le destinaba. Como era de esperar, el sacerdote se dio cuenta enseguida de que se trataba de una auténtica y excelente vocación, y decidió, sin demora, admitirlo en el convento de Majarretes.

Al salir de allí, Juan de Sanabria se apresuró a poner en orden sus asuntos mundanos y, con el deseo de evitar conmocionar a su familia, se marchó sin avisar. Todo iba muy bien, hasta que su camino se cerró de repente: el río Tiétar se hallaba en medio de una tormenta. Cruzarlo sería imposible para cualquiera… Para cualquiera, ¡excepto Dios!

Juan suplicó entonces el auxilio del Todopoderoso y he aquí que, por primera vez de muchas, ¡se puso a volar!… Tras cruzar el río y llegar a la otra orilla, toda una vida había quedado atrás; el regreso ya no era una opción para él.

Al ingresar en el convento, Juan de Sanabria «murió» para dar paso a fray Pedro de Alcántara: hombre nuevo, nombre nuevo, nuevas vestiduras, nueva morada y nueva misión. Ésta no tardaría en revelarse, pues, al contemplar las dificultades por las que atravesaba la Orden Franciscana, comprendió para qué lo llamaba Dios.

Entre observantes y conventuales

En los años que siguieron a la muerte de San Francisco de Asís, la Orden de los Frailes Menores atravesó numerosas dificultades. Un sector de los religiosos se inclinaba por suavizar la regla, especialmente en materia de pobreza. De hecho, se hicieron numerosas concesiones en este sentido, como las contenidas en la bula *Ad statum ordinis* del papa Martín V.

Con el paso del tiempo, la regla fue perdiendo su rigor original en muchos puntos. Una adaptación necesaria, afirmaban algunos, para ajustarse mejor al mundo de la época.

Sin embargo, no faltaron almas que lucharon por la estricta observancia: «Es entonces cuando, a la voz de Bernardino de Siena, de Juan Capistrano, de Alberto de Sartiano y de Jacobo de la Marca, "las cuatro columnas de la observancia", como se les llamaba, se perfila un movimiento que, sin disputas ni escándalos, va uniendo por libre adhesión a todos los conventos deseosos de vivir íntegramente la pobreza franciscana».[2] Estos frailes, partidarios de la regla primitiva, llegaron a ser conocidos como observantes; y los adeptos de la regla mitigada, como conventuales.

En la región de Extremadura, cuando fray Pedro de Alcántara ingresó en la Orden, ya se había constituido la Custodia del Santo Evangelio, formada por tres conventos que quedaron del intento de reforma emprendido años antes por el P. Juan de Guadalupe. Allí reinaba un espíritu de mayor austeridad de vida y el deseo de cumplir fielmente las reglas del fundador.

Algún tiempo después, el conjunto de conventos que constituía la Custodia del Santo Evangelio fue elevado a la categoría de provincia, con el nombre de San Gabriel, adquiriendo así una mayor libertad de gobierno dentro de la propia Orden. Fray Pedro ocupó varios cargos en esa provincia, hasta que, en 1538, fue elegido ministro provincial. Sancionó entonces constituciones de observancia más estricta y, para garantizar su cumplimiento, recorrió personalmente cada una de las casas.

Concluido su mandato, el santo fraile se dirigió a tierras portuguesas. Allí transformó la agreste región de Arrábida en tierra fértil para Dios. No en vano, el general de la Orden, fray João Calvo, llegó a conmoverse al ver tanto heroísmo en aquellos frailes que vivían en condiciones extremas. Aquel ejemplo no sólo era conmovedor: era sobre todo atrayente. Hasta tal punto que uno de los acompañantes del general, incapaz de resistirse, solicitó permiso para permanecer allí y, como él,

Fotos: Francisco Lecaros

Una mayor austeridad de vida y el deseo de cumplir fielmente las reglas del fundador eran los ideales de San Pedro de Alcántara

De arriba abajo: entrada de la celda de San Pedro de Alcántara, refectorio y cocina de uno de los conventos que fundó, en Pedroso de Acim (España). En la página anterior, San Pedro de Alcántara - Museo de El Escorial, Madrid

muchos otros quedaron fascinados por esta radical forma de entrega a Dios.

El reformador

Tras estos primeros experimentos, fray Pedro decidió llevar a cabo la misión a la que se sentía interiormente llamado. No se conformaba con la «radicalidad a medias» vigente en la Provincia de San Gabriel; deseaba reformarlo todo según la fuente original, es decir, conforme al ideal del fundador.

Ese anhelo bastó para que las oleadas de la persecución lo alcanzaran, e incluso para que sus superiores y sus allegados lo tomaran por loco y desacreditaran su iniciativa…

Pero el desánimo no formaba parte de su vocabulario. Siguiendo los pasos del Poverello, Pedro de Alcántara se dirigió a Roma para presentarle al sucesor de Pedro sus intenciones respecto a la Orden Seráfica. Lo hizo con las manos sobre los Evangelios y, ante este nuevo Francisco de Asís, Pablo IV apoyó la iniciativa. Para hacer posible su reforma, el Papa lo desvinculó de la obediencia a los superiores de la observancia local —que se oponían a su rigor— y lo integró en la jurisdicción de los conventuales, cuyo ministro general le ofrecía el respaldo y la libertad necesarios para la aplicación de la estricta regla primitiva.

Muy ingenuo sería quien creyera que esto resolvería todas las desavenencias. En realidad, al regresar a España y reanudar su apostolado, ya bajo la tutela de los conventuales, pronto el comisario general de la Orden en España lo intimó a renunciar a sus proyectos, acusándolo de «hipócrita, visionario, temerario, exaltado»[3] y perturbador de la paz en la provincia.

Superando estas dificultades, aquel celoso fraile realizó una obra verdaderamente colosal. Se fundaron nuevos eremitorios, todos ellos animados por la radicalidad que lo caracterizaba, y se creó la Custodia de San José.

El ideal del santo de Alcántara triunfaba, pero los ataques arreciaban.

Reproducción

Por medio de una vida interior, marcada por mucha humildad, oración, ayunos y penitencias, San Pedro de Alcántara atrajo la benevolencia de Dios y obtuvo éxito en las obras de apostolado

«San Pedro de Alcántara confesando a Santa Teresa», de José García Hidalgo - Museo del Prado, Madrid

Decidió regresar a Roma para recurrir nuevamente a la ayuda del sumo pontífice. Apoyado por Pablo IV, quien había reconocido sus eminentes virtudes, el reformador fue promovido a comisario general de los Menores Reformados de España y, el 8 de mayo de 1559, el breve *Cum a nobis* le confirió el poder de fundar conventos, custodias y provincias en cualquier parte del mundo, además de concederle la facultad de elegir a tres jueces que resolverían las desavenencias surgidas a raíz de las reformas.

En 1561 ya contaban con nueve conventos, lo suficiente para justificar la creación de la Provincia de San José y, con ello, la redacción de las constituciones. Por último, en 1563, el papa Pío IV, mediante la bula *In suprema militanti Ecclesiæ*, vinculó a los «alcantarinos», como se les llamaba, con la rama de los frailes observantes, de la cual constituirían la parte más vigorosa en los siglos siguientes.

Eminente santidad

Aún habría mucho que decir sobre las fatigas de este ferviente reformador; sin embargo, hay algo más importante que destacar: su fisonomía moral.

Considerando que todos los éxitos en la vida de apostolado se deben a una vida interior bien llevada,[4] la historia demuestra hasta qué punto fray Pedro destacó en este aspecto. Su fuerza de atracción, los innumerables conventos que logró fundar, los milagros de conversión que obraba en el confesionario, todo ello se apoyaba, sin duda, en una intensa vida de oración, de ayunos y penitencias.

Pero ¿cómo expresar con palabras tal santidad? Quizá la descripción más fiel sea la de una santa que tuvo la dicha de conocerlo de cerca: Santa Teresa de Jesús, de quien fray Pedro fue confesor.

Según cuenta la reformadora del Carmelo, durante cuarenta años San Pedro de Alcántara durmió sólo una hora

y media por noche. Como si tal sacrificio no le pareciera suficiente, siempre lo hacía sentado, en una diminuta celda —¡de poco más de un metro y veinte de largo!—, que le privaba de cualquier comodidad. Su alimentación no podía ser más austera. Era habitual que pasara tres días sin comer; a veces, ¡llegaba a estar hasta ocho días sin satisfacer al hermano cuerpo!

Narra Santa Teresa: «Su pobreza era extrema y mortificación en la mocedad, que me dijo que le había acaecido estar tres años en una casa de su Orden y no conocer fraile si no era por el habla; porque no alzaba los ojos jamás, y así a las partes que de necesidad había de ir no sabía, sino íbase tras los frailes. Esto le acaecía por los caminos. A mujeres jamás miraba; esto muchos años».[5]

Una vida de tanta penitencia y humildad no podía dejar de atraer la benevolencia de Dios. Como relata la santa carmelita, «fue su fin como la vida, predicando y amonestando a sus frailes. Como vio ya se acababa, dijo el salmo de *Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi*,[6] y hincado de rodillas murió».[7]

En numerosas visiones, la santa lo vio en la gloria celestial.

¿Muy lejos de nosotros?

Curiosamente, una vez concluido el relato de la vida de San Pedro de Alcántara, quizá el lector se sienta desalentado ante una santidad tan extraordinaria. En efecto, el desánimo puede hallar fácil refugio en el alma cuando se encuentra con un ideal que a primera vista parece inalcanzable. Sin embargo, ésa no es la actitud correcta.

Tampoco sería correcto pensar que tan grande austeridad fuera fruto de una «supernaturaleza». Al contrario: es cierto que la santidad le costó mucho.

Hay además una nociva conclusión que se debe combatir: la de que, para ser santo, todos debemos dormir, comer, vestirnos, etc., exactamente como lo hacía —o no hacía— el santo franciscano…

Entonces, ¿cómo proceder?

La respuesta es sencilla de formular, aunque difícil de poner en práctica: debemos hacer, en lo que a nosotros respecta, la voluntad de Dios. Las almas son diferentes y la Providencia tiene sus caminos para cada una de ellas. El santo de Alcántara dejaba esto claro a sus confidentes cuando les prohibía emprender sacrificios demasiado austeros, que ni siquiera se acercaban a los que él practicaba. Lo que el Señor le pedía no era lo mismo que exigía de su hermano.

Aun así, en esa diversidad de caminos que conducen a la santidad, siempre estarán presentes algunos elementos: el sufrimiento, la oración, la confianza y la lucha. De formas diferentes y en medidas desiguales, se dan en la vida de todo católico y, si se emplean bien, conducen a la patria celestial.

Los mundanos pensarán que se trata de una existencia demasiado triste. Pero la historia de San Pedro de Alcántara nos ofrece una conclusión opuesta. Junto a la rigurosa austeridad que se impuso, la Providencia le concedió insignes dones, que superan cualquier goce humano: incontables éxtasis, consolaciones inefables, la conciencia tranquila por la misión cumplida; todo ello se presentó en su vida como magníficos oasis.

Además, su propia presencia se convirtió en sustento para otros, entre los que destacamos a Santa Teresa, pues, en un alma tan unida a Él, Dios puede obrar de manera superexcelente.

Y hay algo más, como enseña el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira: «Tener la fortaleza de alma para soportar las decepciones, calumnias, frustraciones, en definitiva, todo lo que el hombre puede sufrir en la vida, es verdadero heroísmo. Es una necedad imaginar que sólo es héroe quien combate con las armas en la mano. […] Debemos entender que, en la vida cotidiana, tenemos ocasiones para practicar verdaderamente el heroísmo».[8]

Ésa es precisamente la lección que nos ofrece la vida de San Pedro de Alcántara: cuando un hombre renuncia a sí mismo y se pone por completo al servicio de Dios, ¡se convierte en un auténtico héroe!

Patrono de Brasil

Por el testimonio de tantas virtudes, este fraile español fue canonizado el 28 de abril de 1669 y, debido a la gran devoción que el emperador de Brasil, Pedro I, le profesaba, éste quiso confiar sus dominios a tan glorioso intercesor. Así, desde 1826 el país tiene a San Pedro de Alcántara como patrono.

Que actúe, pues, en esa nación que le ha sido confiada y, con un ímpetu aún mayor que el demostrado en vida, luche para que la Tierra de Santa Cruz corresponda a su llamamiento y sea habitada por héroes dignos del nombre de cristianos. ✣

---

[1] Del latín: «Dios, que pone el peso, pone debajo la mano».

[2] Piat, OFM, Estefânio José. *São Pedro de Alcântara. Patrono do Brasil*. Petrópolis: Vozes, 1962, p. 72. Los datos biográficos contenidos en el presente artículo han sido tomados de la misma obra.

[3] *Ibid.*, p. 78.

[4] Doctrina presentada por Jean-Baptiste Chautard (1858-1935), abad trapense de Sept-Fons, en su célebre libro *El alma de todo apostolado*, escrito durante un viaje a Brasil y que se convirtió en el libro de cabecera del papa San Pío X.

[5] Santa Teresa de Jesús. «Libro de la vida», c. xxvii. *In*: *Obras completas*. Madrid: BAC, 1951, t. I, pp. 760-761.

[6] «¡Qué alegría cuando me dijeron [vamos a la casa del Señor]!»; primeras palabras del salmo 121.

[7] Santa Teresa de Jesús, *op. cit.*

[8] Corrêa de Oliveira, Plinio. «São Pio V, herói em meio às angústias!». *In*: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año XIV. N.º 164 (nov, 2011), p. 24.

«Vivir es estar juntos, mirarse y quererse bien»

Tras una larga estancia de su hijo en el continente europeo, Dña. Lucilia expresaría, al calor de las añoranzas, un nuevo concepto de la vida.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

A las diez de la mañana del día 29 de junio, el Dr. Plinio embarcó en París con destino a Brasil. En ningún momento había precisado la fecha de regreso, con el fin de ahorrarle a Dña. Lucilia «la angustia de la travesía».[1] Sin embargo, nada más llegar a Río de Janeiro, pidió que avisasen a su madre para poder hablar con ella por teléfono. Después de casi dos largos meses de ausencia, pudo ella tener una larga charla de las de siempre con su muy querido hijo.

«¡Hijo mío, gracias a Dios, eres siempre el mismo!»

A la mañana siguiente, Dña. Lucilia no siguió la recomendación médica de descansar hasta más tarde, con el fin de dejarlo todo listo para recibir a su hijo. Había mandado preparar una abundante merienda que se le serviría a su llegada, pues seguramente vendría cansado del viaje y necesitaría reponer fuerzas.

Una vez todo listo, se sentó a esperarlo en el vestíbulo del piso. Fue inmenso el júbilo que inundó su alma al verlo asomarse por la puerta. Abrazos, besos y bendiciones fueron las primeras manifestaciones de su gozo. Doña Lucilia, siempre fiel a sí misma, no podía dejar de conjugar aquellos extremos de alegría con una infatigable vigilancia. Después de los afectuosísimos saludos, ella se apartó un poco de su hijo y fijó en él su mirada tranquila y serena, pero penetrante. El Dr. Plinio no comprendió de inmediato cuál era la intención de su madre, pero se quedó a la expectativa, sin decirle nada. Al cabo de algunos instantes de observación, concluyó ella, contenta:

—¡Hijo mío, gracias a Dios, eres siempre el mismo!

A continuación, todos se dirigieron al comedor, donde el Dr. Plinio les contó sus primeras impresiones del viaje mientras tomaba la sabrosa merienda que le habían preparado.

Archivo Revista

La virtuosa preocupación de Dña. Lucilia por la perseverancia de su hijo crecía a la par del afecto que le profesaba

El Dr. Plinio en su viaje a Europa, en 1950

Vigilante inquietud materna

Aquella conmovedora actitud de Dña. Lucilia revela cómo su virtuosa preocupación por la perseverancia de su hijo no sólo no se debilitaba con el paso de los años, sino que, por el contrario, crecía a la par del afecto que le profesaba. A pesar de conocerle bastante bien y de estar plenamente segura de que era «el mejor de los hijos», no se hacía ninguna ilusión sobre la naturaleza humana. Por eso nunca razonaría así: «Plinio es muy buen hijo, católico ejemplar y, por lo tanto, ¡en Europa no corre riesgo alguno! Puedo quedarme completamente tranquila».

Su modo de ver la realidad era muy distinto, y debió de pensar más bien lo contrario: «Es cierto que es un buen hijo, pero, como todo hombre, puede caer. Europa es un continente de seducciones y placeres. Se marcha con una suma considerable de dinero para gastar; llevará una vida muy diferente de la que tiene en Brasil. Irá a buenos restaurantes, se alojará en excelentes hoteles y se moverá en ambientes propios de una intensa vida social. En los museos verá muchas obras de arte castas, pero también otras que no lo son. ¿Qué pasará ante sus ojos y por su imaginación durante el viaje? Esa vieja Europa, él y yo la admiramos mucho, pero… ¿me devolverá a mi hijo tal como es o con el espíritu desfavorablemente marcado?».

Estos recelos, acumulados a lo largo de los dos meses de ausencia, se disiparon enseguida tras los primeros

instantes de análisis, hecho, por cierto, mucho más con el corazón que con la vista. Ahora podría reconfortarse con la presencia de su hijo, que tanto tenía que contarle de cuanto había visto en la vieja Europa: las maravillas de Francia, los esplendores de Roma, las glorias de España, los encantos de Portugal.

No obstante, la compañía de su hijo no duraría mucho tiempo. Al cabo de dos meses, un amigo de otro estado de Brasil le propuso que realizara allí un trabajo que, a su juicio, podría beneficiar la causa católica.

Nueva separación

El Dr. Plinio, aunque veía pocas posibilidades de éxito en la empresa, aceptó la propuesta por amistad con quien lo había invitado. Estas nuevas actividades le exigían permanecer allí durante algún tiempo, por lo que partió en septiembre.

A Dña. Lucilia se le planteaba un nuevo dilema: por un lado, deseaba que su hijo obtuviese un buen resultado y rezaba con ardor por esta intención; pero, por otro, un eventual éxito implicaría una inevitable y más prolongada separación.

A pesar de todo, estaba dispuesta a cualquier sacrificio que exigiese el apostolado. En una carta enviada al Dr. Plinio destacan unas palabras de consejo, perfumadas de sabiduría, en las cuales el sentimiento cede el paso a la razón:

São Paulo, 28-IX-1950

¡Hijo querido!

He ido hoy a la iglesia de San Antonio, donde he comulgado y rezado mucho por ti, para que seas muy feliz (...), y puedas volver pronto. ¡Qué sosa y fea se queda nuestra casa sin ti! Pero cuando tú vienes, ¡llega la primavera! Rosée ha venido a menudo, y ayer, en «vol d'oiseau»,[2] *estuvo María Alice. Creo que tú y [tu amigo] debéis de estar muy cansados por ese trabajo (...) y, por eso, conviene que venga contigo a descansar un poco.* […]

Para Dña. Lucilia, convivir poco con su hijo suponía un gran sufrimiento, pues «vivir es estar juntos, mirarse y quererse bien»

Doña Lucilia a finales de la década de 1950

Cuando termine esta carta, tengo pensado ir al cine para contarle después la historia a mi queridísimo hijo. Por mucho que te eche de menos, te aconsejo que no vuelvas de allí antes de saber el resultado [del trabajo], ya que, de lo contrario, podría parecer que no le das mucha importancia. Cuando se hace algo, hay que hacerlo bien y hasta el final. ¡Paciencia, paciencia, querido! Saluda afectuosamente a [tu amigo] de mi parte.

Bien, querido, por hoy basta de charla.

Con mis bendiciones, te mando muchos besos y abrazos.

De tu madre extremosa,

Lucilia

«Vivir es estar juntos, mirarse y quererse bien»

Tal y como temía el Dr. Plinio, el terreno no había sido bien preparado para que la empresa tuviera éxito, por lo que decidió, para alegría de Dña. Lucilia, regresar enseguida a São Paulo.

Antes incluso de que el Dr. Plinio diera a conocer a su madre el desenlace de su empresa, se presentó en casa de Dña. Lucilia el amigo que lo había invitado. Éste, mientras conversaba con ella, le dijo en broma que todo había ido bien, pues pensaba que así le causaría una gran satisfacción. Sin embargo, el visitante sólo obtuvo por respuesta una cortés reserva, sin entusiasmo.

El Dr. Plinio notó la reacción de Dña. Lucilia y, cuando se quedó a solas con ella durante una de sus charlas habituales, le preguntó con filial confianza:

—Mamá, ¿creyó usted lo que él le contó?

Ella respondió:

—Sí.

—Me sorprende que usted no haya manifestado la menor alegría…

Entonces ella le dijo:

—Bueno, comprenderás que si hubieses obtenido buenos resultados en tus trabajos, eso te obligaría a mudarte lejos de casa y a venir poco por aquí. ¡Y nuestra convivencia se reduciría mucho! Para mí, eso sería un gran sufrimiento. Hijo mío, vivir es estar juntos, mirarse y quererse bien…

«Vivir es estar juntos, mirarse y quererse bien…». ¡Esta bella y luminosa frase expresa de manera sublime lo que podríamos llamar la concepción «luciliana» de la vida! ✣

Extraído, con adaptaciones, de: *Doña Lucilia*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013, pp. 468-472.

---

[1] Nacida en el siglo XIX, Dña. Lucilia conservaba el prisma de sus años de jovencita al considerar los peligros de una travesía oceánica. ¡*A fortiori* si se trataba de un viaje en avión! Guardaba vivo recuerdo de la época en que la aeronáutica se hallaba en sus albores y eran frecuentes los accidentes mortales. Y ni siquiera en 1950 le habría servido de consuelo que los vuelos intercontinentales se hubieran vuelto habituales y seguros.

[2] Del francés: literalmente, «vuelo de pájaro»; usado con el sentido de «rápidamente, de paso».

Stephen Nami

Stephen Nami

Fotos: João Paulo Rodrigues

Brasil, Joinville – El 14 de agosto, el arzobispo metropolitano de Joinville, Mons. Francisco Carlos Bach, presidió la misa de dedicación y bendición del altar del oratorio de Nuestra Señora del Triunfo, confiado a los Heraldos del Evangelio. Concelebraron numerosos sacerdotes de la arquidiócesis y de la institución.

Fotos: Sergio Céspedes

Brasil, Aparecida – La XVI Peregrinación Nacional del Apostolado del Oratorio «María, Reina de los Corazones» al Santuario de Nuestra Señora Aparecida comenzó el 7 de agosto con una misa presidida por el arzobispo metropolitano, Mons. Mário Antônio da Silva, en la basílica vieja. Al día siguiente, se rezó el rosario en la Tribuna Benedicto XVI (foto 1) y se celebró la eucaristía de clausura, presidida por Mons. Benedito Beni dos Santos, obispo emérito de Lorena (fotos 2 y 3).

¿Dónde encontrar la verdad?

«Iglesia: maestra de la verdad» fue el tema del Congreso Tomista celebrado en Brasil los días 7 y 8 de agosto, en el complejo de la basílica de Nuestra Señora del Rosario, de Caieiras, y de la basílica de Nuestra Señora del Rosario de Fátima, de Embu das Artes. La intensa programación alternó eucaristía diaria, conferencias, talleres, mesas redondas y actuaciones musicales con momentos de amena convivencia.

El pensamiento tomista sobre la verdad —en relación con la filosofía contemporánea, la psicoterapia, la virtud de la caridad y la vida humana, entre otros ámbitos— y la misión de docente de la Iglesia fueron algunos de los diversos temas tratados.

Entre los ponentes figuró el P. Ignacio Andereggen, profesor en diversas universidades pontificias.

Fotos: Stephen Nami

Fotos: Cezar Fabri

Roberto Cochorrowski

Ejército y Aeronáutica – En agosto, la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María visitó el Centro Tecnológico de la Aeronáutica, en São José dos Campos (Brasil), donde se celebró una misa seguida de un concierto (fotos 1 y 2). Asimismo, el 19 de agosto, una actuación musical preparada por los Heraldos del Evangelio marcó las celebraciones del 156.º aniversario de la fundación del Batallón Dom Pedro II, del Ejército brasileño, en la catedral de Petrópolis (foto 3).

Stefano Gavilanes

Eduardo Corpeño

Juan José Villena

Ecuador – En los meses de julio y agosto, la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María visitó la localidad de Puerto Limón (foto 1), así como la Base Naval Sur de la Armada del Ecuador, para bendecir los buques de la institución y a sus tripulaciones (foto 2), y la Unidad Educativa San José de Calasanz (foto 3), estas dos últimas en Guayaquil.

Fotos: Chris Coutinho

India – La iglesia de la Sagrada Familia, de Bangalore, se quedó pequeña para acoger a los seis mil fieles deseosos de venerar la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María durante su visita a la parroquia. El 8 de agosto se rezaron mil avemarías a Nuestra Señora y el día 9 se celebró la santa misa.

Fotos: Alejandro Costantini

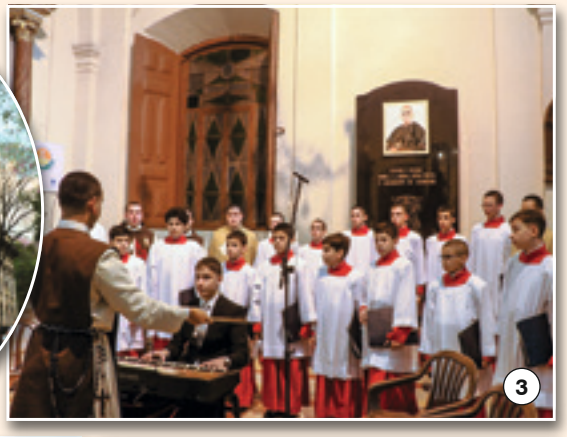
Argentina – La parroquia de Nuestra Señora de Montserrat, de Buenos Aires, recibió el 22 de julio a la «schola cantorum» de la iglesia de Nuestra Señora de Fátima, de Tocancipá (Colombia), para una actuación musical, precedida de la celebración de la santa misa y de la solemne coronación de la imagen del Inmaculado Corazón de María.

Paraguay celebra a su patrona

Los miembros de los Heraldos del Evangelio participaron activamente en las celebraciones en honor de Nuestra Señora de la Asunción, en Paraguay. El 5 de agosto tuvo lugar la procesión de traslado de la imagen de la Santísima Virgen desde su capilla del Panteón Nacional de los Héroes hasta la catedral de Asunción (fotos 1 y 2), seguida de la santa misa presidida por el cardenal Adalberto Martínez Flores, arzobispo metropolitano (fotos 3 y 4). La víspera de la solemnidad se inauguró una imagen de la patrona en la avenida principal de la capital, con la presencia del cardenal arzobispo, del nuncio apostólico en el país, Mons. Vincenzo Turturro, y del presidente de la República, Santiago Peña Palacios, acompañado de la primera dama y de su gabinete (fotos 5 y 6). Ese mismo día, la misa de la vigilia, celebrada por Mons. Turturro, contó con la participación de una comitiva de la parroquia de San Isidro Labrador, de la ciudad de Limpio, confiada a los Heraldos (foto 7). La solemne procesión y la eucaristía del 15 de agosto fueron presididas por el cardenal Martínez Flores en la catedral (foto 8).

1

2


3

Fotos: Preetham D'Silva

4

5

6

Presidencia de la República del Paraguay

7

8

Francisco Espínola

Castillo de Chambord

Marcelo Ferreira

Magnífico crepúsculo de la Edad Media

De este incomparable y misterioso castillo no se conservan planos originales, se desconoce la identidad de su arquitecto y ni siquiera se sabe qué motivó su construcción. Pero es posible desvelar parte del secreto.

Daniel Restrepo Estrada

A orillas del río Cosson, en Francia, se alza imponente el castillo de Chambord. La llanura que se extiende, el bosque que lo circunda, las aguas que lo reflejan: todo ello contribuye a crear un marco idóneo para el palacio, transformando el paisaje en una auténtica joya.

Allí, el castillo se presenta como un lenitivo para el espíritu humano en su búsqueda de lo maravilloso. Por eso, son numerosos los visitantes que acuden a contemplarlo. La diversidad de procedencias se corresponde, sin embargo, con diferentes estados de espíritu.

Hay quienes —la mayoría— sólo desean satisfacer su curiosidad. Otros, por el contrario, acuden atraídos por los enigmas históricos y arquitectónicos que envuelven el edificio. Por último, también hay almas que ven en el castillo una reliquia de la civilización cristiana y lo recorren como en peregrinación. En cualquier caso, nos encontramos ante el misterio.

Un sueño en piedra de extraordinarias dimensiones

El castillo, en efecto, encierra un misterio fascinante. No se conservan sus planos y ni siquiera se conocen los motivos que llevaron a Francisco I a erigir este bello y suntuoso edificio. Con todo, gracias a los estudios de los investigadores, es posible desvelar parte del secreto.[1]

En el año del Señor de 1515, el hijo de Luisa de Saboya, Francisco I, de tan sólo 20 años, sucedió en el trono de Francia a su primo Luis XII, quien murió sin dejar heredero directo. La gloria y el prestigio lo rodeaban, y su imponente figura personificaba todo su poder.

Aun bajo el peso del cetro, su pasión por la caza lo llevaba hasta lo más profundo de las espesuras del valle del Loira. Entre los bosques y marismas de la región, Chambord era su retiro predilecto, por estar apartado del mundo y de las preocupaciones. Aquel enclave satisfacía plenamente su aspiración de plasmar en piedra una obra de extraordinaria grandeza. Deseoso de construir allí un pabellón de caza, el rey ordenó en 1519 que comenzaran los trabajos, los cuales concluirían en tan sólo treinta años.

Si atendemos a la grandeza del edificio, a su complejidad y a su aparente inutilidad —al fin y al cabo, no pasaba de ser un alojamiento para sus correrías por el bosque—, la rapidez con que fue levantado no deja de resultar asombrosa ni de suscitar ciertos interrogantes. ¿Cuál es la «prehistoria» del castillo? ¿Qué otros motivos se escondían tras aquellas paredes? ¿Qué genio fue capaz de concebirlo en tan poco tiempo?

Herencia de un pasado glorioso

Quienquiera que pretenda responder a la primera de las preguntas anteriores se halla de inmediato ante una dificultad práctica: los principales documentos sobre las obras de Chambord desaparecieron en el siglo XVII… De ellos no quedan más que fragmentos, como esta breve mención en una carta de Francisco I: «Hace algún tiempo —escribía el rey— comenzamos la construcción de un hermoso y suntuoso edificio en el lugar llamado Chambord, cerca de nuestra ciudad de Blois». Así pues, para esclarecer algunos aspectos de sus orígenes, disponemos de un único documento íntegro, sólido y enigmático: ¡el propio castillo!

La pista que éste nos ofrece yace sepultada bajo las aguas del foso. Estudios arqueológicos recientes descubrieron vestigios de una edificación anterior. El famoso palacio de Chambord

se habría alzado, por tanto, sobre los cimientos de otro castillo. ¿Cómo sería éste? En la biblioteca de Blois se conservan tres documentos que arrojan luz sobre el asunto: dos hacen referencia a una construcción en aquella zona, y el tercero —un acta suscrita allí mismo por Luis XII, inmediato predecesor de Francisco I— deja constancia de una residencia digna de un rey de Francia.

En una de sus partidas de caza, Francisco I debió de contemplar aquel castillo, aislado y erigido entre las marismas, como una representación del espíritu medieval ya entonces en franca extinción. Las antiguas hazañas de caballería, el heroísmo de antaño, las peregrinaciones a Jerusalén que tanto habían honrado el nombre de Francia: todos esos gloriosos recuerdos parecían perpetuarse en la fortaleza del Medievo. Llevado, pues, por la nostalgia de aquel mundo fabuloso, el monarca quiso materializar ese sueño en un magnífico edificio. No es casualidad que Chambord conserve rasgos de un castillo feudal. Basta con observar sus torres y el foso. Y, al tiempo que perpetuaba el pasado, el rey aspiraba a alcanzar una cima aún más majestuosa.

Así queda desvelada al menos una parte del misterio. Sabemos que Chambord es hijo de la cristiandad medieval y de la añoranza que el rey de Francia sentía por ella. Sigamos «leyendo» el castillo, con la esperanza de hallar algunas piezas más del rompecabezas.

Armonía y asimetría

Si entramos por la puerta principal, enseguida nos sorprende un detalle arquitectónico inédito y genial. El vestíbulo principal está dominado por una escalinata central nada discreta. Compuesta por dos tramos de escalera independientes y entrelazados —de modo que quien sube no se cruza con quien baja—, es el eje en torno al cual gira el edificio. Tras diversas investigaciones, se llegó a la conclusión de que todos los espacios se distribuyen simétricamente tomando como único modelo la base de la escalinata central. La escalinata constituye la columna vertebral del coloso.

A pesar de ese principio de cohesión y orden, se observa una peculiar «incoherencia» en el castillo. Todas las fachadas son diferentes. ¿Cómo explicar tal asimetría en una edificación de tan evidente armonía? Inicialmente, se creyó que no pasaba de ser un descuido cometido durante las obras. No obstante, al analizar el plano, se descubrió que el «error» es más grave de lo que parece a primera vista. La propia planta del castillo presenta anomalías aparentemente absurdas. De los cuatro aposentos distribuidos en cada nivel, sólo uno presenta una orientación distinta. De ahí que el número de balcones varíe de una fachada a otra.

Debemos suponer, por tanto, que existió un plano inicial que no se siguió. El Chambord que conocemos no es el que se había proyectado. ¿Cómo debería haber sido? Recientemente, varios arquitectos se esforzaron por hallar una fórmula que permitiera corregir esas incongruencias. Y la encontraron. Bastó con hacer girar toda la planta del edificio en un mismo sentido, como una gran hélice, tomando la escalinata como eje. Las habitaciones estarían dispuestas simétricamente, todas las fachadas serían idénticas y todo armonizaría.

Los errores serían únicamente el resultado de ciertas adaptaciones destinadas a facilitar la circulación de los visitantes. El arquitecto no había tenido esa preocupación práctica. Sus intenciones eran mucho más artísticas. Esta consideración nos remite a una cuestión ya planteada: ¿qué genio concibió el castillo? Retrocedamos unos años en la historia.

Carsten Stegger (CC by-sa 4.0)

Zairon (CC by-sa 4.0)

El castillo de Chambord, fruto de la cristiandad medieval y de la añoranza que el rey de Francia sentía por ella, se presenta como un lenitivo para el espíritu humano en su búsqueda de lo maravilloso

A la izquierda, vista aérea del castillo de Chambord (Francia); arriba, la escalinata central del edificio. En la página anterior, vista de la fachada noroeste

¿Y el arquitecto?

Recién coronado, Francisco I reconquista el ducado de Milán. Una vez allí, aprovecha para admirar algunas joyas del Renacimiento y conocer personalmente a uno de los grandes maestros de la época: Leonardo da Vinci. Y poco después surgen los planos del castillo de Chambord… Curioso.

Da Vinci se interesaba por construcciones integradas en el paisaje, por plantas centralizadas, por escalinatas con múltiples giros. Pero en todas esas ideas, que dejó plasmadas en sus cuadernos, se percibe la aspiración a una arquitectura de perfecta coherencia. Todo ello parece incluso una prefiguración de Chambord, que, además, posee inconfundibles rasgos italianos.

Ante esas coincidencias, ¿no habría sido el propio Leonardo da Vinci el arquitecto del castillo? Hay sólidos indicios en este sentido. Una edificación tan original y tan llena de genialidad difícilmente habría surgido sin la mano del famoso artista, que entonces residía en Francia. Si no fue el artífice, parece al menos improbable que se mantuviera al margen de la obra, ya que el proyecto se concibió en vida del artista. Su muerte, a los 67 años, precedió por poco al inicio de la construcción, cuya ejecución quedó en manos de otros.

¿En manos de quién? Un misterio más. Sólo tenemos una referencia: en un registro contable relativo a maquetas del castillo figura el nombre de Domenico da Cortona, uno de los numerosos artistas italianos de la corte. Se supone, por tanto, que fue él quien se encargó de materializar en piedra el sueño de Da Vinci… y también de introducir las modificaciones en el plano original y las irregularidades ya mencionadas. Contingencias previsibles cuando se hereda la obra de un genio.

Aunque el mentor no llegó a ver realizado el proyecto que había concebido, hubo alguien que no dejó de seguir de cerca cómo cobraba forma tal prodigio ni de proyectar en él sus ideales: el propio rey. Una obstinación sin igual lo llevó a proseguir una empresa tan onerosa para el erario, pese a las adversidades que pronto asolaron su reinado.

En 1519, Carlos V fue elegido emperador. Francisco I, además de no conseguir la corona del Sacro Imperio, perdería más tarde el ducado de Milán a manos de su rival español. En 1525, durante un intento por recuperar ese territorio, el rey de Francia fue herido y hecho prisionero. Las obras del castillo quedaron detenidas junto con su señor…

No fue hasta su regreso del cautiverio cuando Francisco I pudo reanudar el proyecto, abandonado durante quince meses.

Chambord emerge de la tierra, grandioso y paradójico.

Una paradoja, un misterio, un símbolo

Paradójico, sí, y por muchas razones. En primer lugar, por el emplazamiento del palacio: la silueta de este castillo de cuento de hadas se perfila sobre un terreno pantanoso. Su arquitectura, a su vez, se inspira visiblemente en los castillos medievales de finales del siglo XIV, sin dejar por ello de incorporar ciertas notas típicamente italianas. Se trata, pues, de una construcción profundamente singular, cuyos grandes rasgos son a un tiempo feudales y renacentistas.

Pero quizá no sea ése el principal misterio que lo envuelve. Símbolo del reinado de Francisco I y del asombroso empeño de éste por concluir la mayor obra arquitectónica de su vida, Chambord presenta una enorme desproporción entre el esfuerzo invertido en su edificación y los resultados prácticos obtenidos. Se conjetura que, en total, el monarca no pasó más que unas pocas semanas en el castillo. Las numerosas dependencias reservadas a la corte permanecieron casi siempre desocupadas y sin enseres. Solamente cuando el rey decidía alojarse en él durante unos días se trasladaban a los aposentos el mobiliario indispensable y algunos tesoros artísticos. ¿Cómo explicar, pues, su sed insaciable de perfección?

Una sola razón lo explica: Chambord no se construyó como residencia, sino como símbolo. El rey de Francia quiso erigir un emblema.

Reproducción

¿Cómo explicar los misterios que rodean Chambord? El castillo no se construyó como residencia, sino como símbolo: Francisco I quiso erigir un emblema de un ocaso

Vista del castillo al amanecer; destacado, retrato de Francisco I, obra de Jean Clouet - Museo del Louvre, París

Elsa Dessaigne (CC by-sa 3.0)

Cabe preguntarse: ¿un emblema de qué?

El ocaso vengado

14 de octubre de 1988. Quizá por primera vez, el antiguo castillo de Francisco I recibía no a un visitante, un turista o un historiador, sino a un peregrino. El Prof. Plinio Corrêa de Oliveira se acercaba al edificio, no sólo por el placer de conocerlo, sino sobre todo por amor a la civilización cristiana, de la cual el monumento era una expresión.

Chambord —comentaba— es uno de los castillos más insignes del mundo, de una perfección inesperada, en el que el Cielo domina la tierra, la fe domina la vida concreta y el espíritu domina la materia. En él se condensan los «restos de la gracia que sopló sobre Europa y dio origen a la Edad Media, poniéndose siglos después, lentamente, como un sol esplendoroso»,[2] como «una de las irradiaciones de ese ocaso de la civilización medieval, un ocaso magnífico, como magnífica es también la cristiandad».[3] Y el Dr. Plinio podía entonces contemplar de cerca aquella maravilla.

El peregrino permaneció un buen rato junto a Chambord, elogiando ora la belleza de la construcción, ora la del crepúsculo de aquella fría tarde de otoño. Sin embargo, en cierto momento, los presentes advirtieron por su expresión que estaba viviendo algo muy elevado. Mientras contemplaba el castillo enmarcado por los colores del atardecer, el Dr. Plinio parecía adentrarse en un misterio y vislumbrar una perfección que trascendía el propio palacio.

Meses más tarde, preguntado por sus hijos espirituales, levantó un poco el velo de aquel misterio. Confesó que, en efecto, había tenido una experiencia mística de carácter angélico. Y, para asombro de todos, reprodujo las palabras que había oído en su interior: «Esto está abandonado, se ha transformado en un esqueleto vacío y sin carne. […] Ante vosotros me muestro así. ¡Resucitadme y vengadme!».[4] ¿Quién sería el ilustre visitante que le infundió tales inspiraciones? ¿Un ángel? El enigma de Chambord seguía siendo indescifrable…

Archivo Revista

«Aunque el castillo no haya sido hecho directamente por Dios, Él pudo haber inspirado o suscitado en los hombres el deseo de hacer Chambord, en correspondencia con un ángel de Chambord que Él tiene y envía allí»

El Dr. Plinio contempla el castillo de Chambord en octubre de 1988

Un año antes de su fallecimiento, aún pronunciaría estas inescrutables palabras: «Nada me interesa tanto como cierto espíritu que emana del *château* de Chambord; es más hermoso que el propio *château* y podría ser un ángel. Aunque el castillo no haya sido hecho directamente por Dios —Él es sólo la causa primera—, Dios pudo haber inspirado o suscitado en los hombres el deseo de hacer Chambord, en correspondencia con un ángel de Chambord que Él tiene y envía allí».[5]

Todo lleva a pensar que, por primera vez en la historia, un hombre había desvelado, al menos en parte, los misterios que rodeaban el emblemático castillo: su insólito emplazamiento, la insistencia del rey caballero en concluir una obra maestra casi desprovista de utilidad práctica, el anonimato de su arquitecto, la perfección de sus proporciones, su inconmensurable belleza. Allí donde ni los historiadores ni las investigaciones científicas podían llegar, llegó aquella inspiración cuando plugo a Dios que se entablara un diálogo entre un varón de fe y el «artífice espiritual» de uno de los castillos más bellos del mundo.

A partir de entonces, Chambord dejó de ser un misterio a los ojos de los hombres. Pasó a ser un designio. Sí, un designio divino y providencial, realizado cuando un respetable anciano supo leer algo que los documentos no recogen y discernir valores sobrenaturales que trascienden las piedras de un edificio. ✣

---

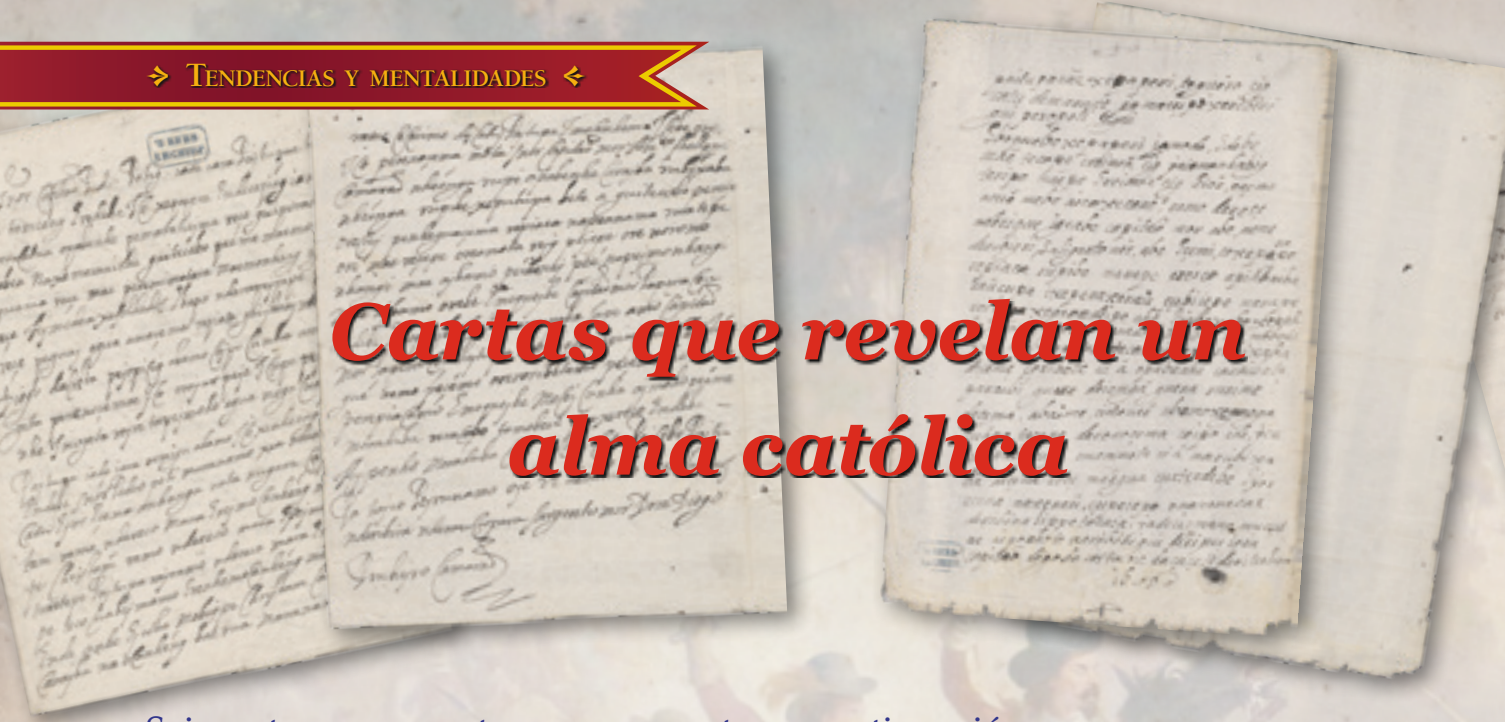
[1] Los datos históricos que figuran en este artículo se han tomado del documental *Chambord. Le château, le roi et l'architecte*, de Marc Jampolsky.

[2] Corrêa de Oliveira, Plinio. «Magnífico crepúsculo da Idade Média». *In*: *Dr. Plinio.* São Paulo. Año II. N.º 12 (mar, 1999), p. 33.

[3] *Idem*. «Combati o bom combate». *In*: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año XI. N.º 129 (dic, 2008), p. 28.

[4] *Idem*. *Conferencia*. São Paulo, 17/4/1994.

[5] *Ibid*.



Cartas que revelan un alma católica

Seis cartas, cuyos autores se presentan a continuación, demuestran el poder transformador de la fe católica en las almas que, hijas de Dios por el bautismo, se sientan con «los príncipes de su pueblo» (Sal 112, 8).

Diác. Gabriel Borges Bonfim Silva, EP

En un artículo anterior,[1] se planteó un reto a los lectores: descubrir al autor de las cartas cuyas fotografías acompañan nuevamente estas páginas.

La primera revelación, sin duda, superará las hipótesis iniciales: las misivas no están redactadas ni en portugués, ni en inglés, ni en francés, ni en neerlandés, sino… ¡en tupí antiguo! Desde casi cuatro siglos, estos seis manuscritos permanecen custodiados en la Biblioteca Real de los Países Bajos, de La Haya, y fueron traducidos por el filólogo Eduardo de Almeida Navarro, con notable mérito, sólo en 2022.[2] Se espera que el importante contexto histórico que las rodea sea conocido por gran parte de los brasileños.

En 1624, los holandeses calvinistas, financiados por la Compañía de las Indias Occidentales, intentaron invadir Bahía y fueron repelidos al año siguiente por una fuerza militar conjunta de Portugal y España —la llamada Armada Luso-Española—. Durante este período, sin embargo, establecieron relaciones con parte de los indígenas de Paraíba, los potiguara (*poti uara*, en tupí, que significa «comedores de camarones»). Pedro Poti y otros veinte indígenas partieron con los holandeses, abandonaron el catolicismo en el que habían sido bautizados y se hicieron radicalmente calvinistas. Para los demás potiguara, esto representó una grave traición a su pueblo, a los portugueses y, sobre todo, a la fe católica —abrazada por sus padres—, y la reconciliación sólo volvería a ser posible, en cierta medida, cuando el conflicto culminara en el campo de batalla.

Cinco años después, los holandeses atacaron la Capitanía de Pernambuco y conquistaron gran parte de la costa noreste, dando inicio a veinticuatro años de ocupación. El 13 de junio de 1645, estalló la rebelión contra el dominio holandés. Episodios marcados por la persecución religiosa y la violencia, como las masacres de Cunhaú y Uruaçu, en el actual Rio Grande do Norte, intensificaron la ruptura y consolidaron la resistencia.

Entre los comandantes de la insurrección se encontraban João Fernandes Vieira, André Vidal de Negreiros, Antônio Dias Cardoso, Henrique Dias, hijo de esclavos africanos, y Felipe Camarão, potiguara que recibió el título de capitán mayor de todos los indios.

Es en este momento culminante de la historia donde se sitúan las seis cartas aquí mencionadas, fechadas del 19 de agosto al 21 de octubre de 1645. Tres son de Felipe Camarão. También escribieron el capitán Simão Soares, Diogo da Costa y Diogo Pinheiro Camarão. Las cartas comparten el mismo objetivo: convencer a sus destinatarios —especialmente a Pedro Poti, que actuaba como intérprete e intermediario en las alianzas indígenas— de que abandonaran el campamento enemigo y regresaran a sus familias y a la verdadera religión.

En ellas destacan no sólo la distinguida caligrafía, sino sobre todo la nobleza de sentimientos y la profundidad

Fotos: Reproducción

Arriba, carta de Antônio Felipe Camarão a Antônio Paraupaba, del 4 de octubre de 1645; a la derecha, firma y retrato del autor de la misiva - Museo del Estado de Pernambuco, Recife. En la página anterior, de izquierda a derecha: cartas de Diogo Pinheiro Camarão y de Diogo da Costa a Pedro Poti, del 21 y 17 de octubre de 1645, respectivamente. De fondo, «Batalla de los Guararapes», de Víctor Meirelles - Museo Nacional de Bellas Artes, Río de Janeiro.

de la fe que impregnan el texto. Las solemnes y afables introducciones recuerdan las epístolas del apóstol San Pablo. La delicadeza de las expresiones se asemeja a la de San Juan Evangelista: «Que Dios mismo llegue con mi cartita para tu salvación, oh mi hermanito Pedro Poti», escribía a modo de introducción el indígena Diogo da Costa. La preocupación es, ante todo, por la salvación eterna del hermano. Más adelante apela, de manera conmovedora, al vínculo fraterno: «Sal, sin pensarlo más, en cuanto leas esta carta mía. ¿Por qué te gustan los hombres malos? ¿Y a mí no me quieres? ¿Por qué?».

Felipe Camarão, capitán mayor de los indios, le escribe así a Pedro Poti el 19 de agosto de 1645, poco después de la masacre de Cunhaú, cuando algunos indígenas del bando holandés, comandados por Jacob Rabi, masacraron a un grupo de fieles, entre ellos el sacerdote San André de Soveral, durante una misa, ocasión en la que a una de las víctimas le arrancaron el corazón por la espalda: «Os envío de nuevo instrucciones, porque os amo de verdad. ¿Por qué? Porque, en realidad, soy el verdadero padre de todos, para que no perdáis vuestra salvación». En otro pasaje, Felipe Camarão muestra los sentimientos caballerescos que habitaban las almas potiguaras y la profunda amistad que reinaba entre portugueses e indígenas: «Si haces esto por El Rey, será una gran acción por tu parte».

Las cartas sugieren la existencia de varios elementos que contrastan con la historia brasileña tal y como suele presentarse. Si esos indígenas fueron capaces de escribir con tanta soltura y elevación en su propia lengua, en cuyo seno encontrarían las mejores expresiones para sus sentimientos, ello se debe, en gran medida, a un puñado de sacerdotes heroicos, como San José de Anchieta, que en décadas anteriores les había transmitido la fe y proporcionado un alfabeto y una gramática. No fueron pocos los momentos en que la Iglesia y la civilización, al entrar en contacto con las raíces indígenas, las respetaron, protegieron y fecundaron con una nueva savia, para que produjeran dulces frutos, que jamás habrían conocido de haber sido abandonadas en su estado primitivo.

Teniendo en cuenta que hacía relativamente poco tiempo que los indígenas mantenían un contacto más directo con los portugueses —en torno a un siglo y medio—, este episodio cobra aún mayor relevancia. En cualquier caso, conviene reconocer el papel de sacerdotes, educadores y líderes que participaron en este proceso fundacional de Brasil, especialmente en la Insurrección pernambucana, en la que se reunieron, en diferentes circunstancias, combatientes de origen europeo, indígena y africano. ✣

---

[1] Artículo «Cartas y correos electrónicos, autógrafos y automatismos», publicado en esta misma sección en la edición de septiembre de nuestra revista.

[2] Cf. Navarro, Eduardo de Almeida. *Transcrição e tradução integral anotada das cartas dos índios Camarões, escritas em 1645 em tupi antigo*. In: www.scielo.br.

Santiago Vieto

Nuestra Señora de Coromoto - Colección privada

Madre de todos os predestinados

Puesto que María ha formado la Cabeza de los predestinados, que es Jesucristo, le corresponde también a Ella formar los miembros de esa Cabeza, que son los verdaderos cristianos; ya que una madre no forma la cabeza sin los miembros, ni los miembros sin la cabeza. Por consiguiente, quien quiera ser miembro de Jesucristo, lleno de gracia y de verdad, debe ser formado en María por medio de la gracia de Jesucristo, que reside en Ella en plenitud para ser comunicada en plenitud a los verdaderos miembros de Jesucristo y a los verdaderos hijos de María.

San Luis María Grignion de Montfort

ISSN: 2412-2750
9 772412 275000

Sumario